



CÉSAR AIRA
La costurera
y el viento

Lectulandia

En la novela corta *La costurera y el viento* César Aira hace uso de lo que más sabe. Su facilidad para imaginar y a través de la imaginación confrontar al olvido, para que junto a la memoria como apoyo, ir cosechando los recuerdos de a uno, que sin su ayuda sólo serían desechos en la playa después de la marea.

César Aira (a los nueve años) juega con su amigo Omar en la caja del acoplado de un camión gigante, curiosamente llamado 'el chiquito'.

En esa tarde de verano, en su pueblo natal, Coronel Pringles, Omar y Aira, juegan a asustarse dentro del acoplado. Un lugar extraño para jugar a eso, aunque la imaginación de los chicos no encuentre límites.

Lectulandia

César Aira

La costurera y el viento

ePub r1.0

Titivillus 14.11.16

César Aira, 1994

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Estas últimas semanas, ya desde antes de venir a París, he estado buscando un argumento para la novela que quiero escribir: una novela de aventuras, sucesiva, llena de prodigios e invenciones. Hasta ahora no se me ocurrió nada, fuera del título, que tengo desde hace años y al que me aferro con la obstinación del vacío: «La costurera y el viento». La heroína tiene que ser una costurera, en la época en que había costureras... y el viento su antagonista, ella sedentaria, él viajero, o al revés: el arte viajero, la turbulencia fija. Ella la aventura, él el hilo de las aventuras... Podría ser cualquier cosa, de hecho debería ser cualquier cosa, cualquier capricho, o todos, si empiezan a transformarse uno en otro... Por una vez, quiero permitirme todas las libertades, hasta las más improbables... Aunque lo más improbable, debo admitirlo, es que este programa funcione. A uno no lo arrastra el soplo de la imaginación sino cuando no se lo ha propuesto, o mejor: cuando se ha propuesto lo contrario. Y además, está la cuestión de encontrar un buen argumento.

Pues bien, anoche, esta mañana, al amanecer, medio dormido todavía, o más dormido de lo que creía, se me ocurrió un asunto, rico, complejo, inesperado. No todo, sólo el comienzo, pero era justo lo que necesitaba, lo que había estado esperando. El personaje era un hombre, lo que no constituía un obstáculo porque podía hacer de él el marido de la costurera... Sea como sea, cuando estuve despierto lo había olvidado. Sólo recordaba que lo había tenido, y que era bueno, y que ya no lo tenía. En esos casos no vale la pena exprimirse el cerebro, lo sé por experiencia, porque no vuelve nada, quizás porque no hay nada, nunca hubo nada, salvo la sensación perfectamente gratuita de que sí había... Con todo, el olvido no es completo; queda un pequeño resto vago, en el que me ilusiono que hay una punta de la que podría tirar y tirar... aunque entonces, para seguir con la metáfora, tirando de esa hebra terminaría borrando la figura del bordado y me quedaría entre los dedos un hilo blanco que no significaría nada. Se trata... A ver si puedo ponerlo en unas frases: Un hombre tiene una anticipación muy precisa y detallada de tres o cuatro hechos que ocurrirán encadenados en el futuro inmediato. No hechos que le pasarán a él sino a tres o cuatro vecinos, en el campo. Entra en un movimiento acelerado para hacer valer su información: la prisa es necesaria porque la eficacia del truco está en llegar a tiempo al punto en que los hechos coincidan... Corre de una casa a otra como una bola de billar rebotando en la pampa... Hasta ahí llego. No veo más. En realidad lo que menos veo es el mérito novelesco de este asunto. Estoy seguro de que en el sueño esta agitación insensata venía envuelta en una mecánica precisa y admirable, pero ya no sé cuál era. La clave se ha borrado. ¿O es lo que debo poner yo, con mi trabajo deliberado? Si es así, el sueño no tiene la menor utilidad y me deja tan desprovisto como antes, o más. Pero me resisto a renunciar a él, y en esa resistencia se me ocurre que hay otra cosa que podría rescatar de las ruinas del olvido, y es precisamente el olvido. Apoderarse del olvido es poco más que un gesto, pero sería un gesto consecuente con mi teoría de la literatura, al menos con mi desprecio por la memoria como instrumento del escritor. El olvido es más rico, más libre, más poderoso... Y en

la raíz de esta idea onírica debió de haber algo de eso, porque esas profecías en serie, tan sospechosas, desprovistas de contenido como están, parecen ir a parar todas a un vértice de disolución, de olvido, de realidad pura. Un olvido múltiple, impersonal. Debo anotar entre paréntesis que la clase de olvido que borra los sueños es muy especial, y muy adecuada para mis fines, porque se basa en la duda sobre la existencia real de lo que deberíamos estar recordando; supongo que en la mayoría de los casos, si no en todos, sólo creemos olvidado algo que en realidad no pasó. Nos hemos olvidado de nada. El olvido es una sensación pura.

El olvido se vuelve una sensación pura. Deja caer el objeto, como en una desaparición. Es toda nuestra vida, ese objeto del pasado, la que cae entonces, en los remolinos antigrauatorios de la aventura.

En mi vida ha habido poca aventura. Ninguna, de hecho. No recuerdo ninguna. Y no creo que sea casualidad, como cuando uno lo piensa y advierte con sorpresa que en lo que va del año no ha visto un solo enano. Mi vida debe de tener la forma de esta falta de aventuras, lo que es lamentable porque serían una buena fuente de inspiración. Pero yo me lo he buscado, y en el futuro lo haré deliberado. Hace unos días, antes de partir, reflexionando, llegué a la conclusión de que no volveré a viajar nunca más. No saldré a la busca de la aventura. En realidad no he viajado nunca. Este viaje, lo mismo que el anterior (cuando escribí *El Llanto*) pueden volverse nada, una voluta de la imaginación. Si ahora escribo, en los cafés de París, *La Costurera y el Viento*, como me he propuesto, es para acelerar el proceso. ¿Qué proceso? Uno que no tiene nombre, ni forma, ni contenido. Ni resultados. Si me ayuda a sobrevivir, lo hará como habría podido hacerlo un pequeño enigma, una adivinanza. Creo que siempre debe quedar ese extraviado punto intrigante para que un proceso se sostenga en el tiempo. Pero no se descubrirá nada al final, ni al principio, la resolución está tomada de antemano: nunca volveré a viajar. De pronto, estoy en un café de París, escribiendo, dando expresión a resoluciones anacrónicas tomadas en el corazón mismo del miedo a la aventura (en un café de mi barrio, Flores). Uno puede llegar a creer que tiene otra vida, además de la suya, y lógicamente cree que la tiene en otro lado, esperándolo. Pero le bastaría hacer la prueba una sola vez para comprobar que no es así. Un solo viaje basta (yo hice dos). Hay una sola vida, y está en su lugar. Y sin embargo, algo tiene que haber pasado. Si he escrito, ha sido para interponer olvido entre mi vida y yo. Ahí tuve éxito. Cuando aparece un recuerdo, no trae nada, sólo la combinatoria de sí mismo con sus restos negativos. Y el torbellino. Y yo. De algún modo la Costurera y el Viento tienen que ver, son lo más apropiado, casi diría lo único adecuado, a esta cita extraña. Querría que fueran la pura invención de mi alma, ahora que mi alma ha sido extraída de mí. Pero no lo son del todo, ni podrían serlo, porque la realidad, o sea el pasado, los contamina. Levanto barreras que quiero formidables para impedir la invasión, aunque sé que es una batalla perdida. No tuve una vida aventurera para no cargarme de recuerdos.

«... Quizás sea un punto de vista exclusivamente personal, pero experimento una

irreprimible desconfianza si oigo decir que la imaginación se hará cargo de todo.

»La imaginación, esta facultad maravillosa, no hace, si se la deja sin control, nada más que apoyarse en la memoria.

»La memoria hace subir a luz cosas sentidas, oídas o vistas, un poco como en los rumiantes vuelve un bolo de hierba. Puede estar masticado, pero no está ni digerido ni transformado.» (Boulez)

No es azar, dije. Tengo un motivo biográfico para sostener estas razones. Mi primera experiencia, el primero de esos acontecimientos que dejan huella, fue una desaparición. Yo tendría ocho o nueve años, jugaba en la calle con mi amigo Omar, y se nos ocurrió subirnos a un acoplado de camión, vacío, estacionado frente a nuestras casas (éramos vecinos). El acoplado era un rectángulo muy grande, del tamaño de una habitación, con tres paredes de madera muy altas y sin la cuarta, que era la de atrás. Estaba perfectamente vacío y limpio. Nos pusimos a jugar a darnos miedo, lo que es extraño porque era el mediodía, no teníamos máscaras ni disfraces ni nada, y ese espacio, de todos los que hubiéramos podido elegir, era el más geométrico y visible. Se trataba de un juego puramente psicológico, de fantasía. No sé cómo pudo ocurrírse nos semejante sutileza, al par de niños semisalvajes que éramos, pero así son los chicos. Y resultó que el miedo fue más eficaz de lo que esperábamos. Al primer intento, ya fue excesivo. Empezó Omar. Yo me senté en el piso, cerca del borde trasero, él fue a ubicarse de pie junto a la pared delantera. Dijo «ya» y comenzó a caminar hacia mí con un tranco pesado y lento, sin hacer caras ni gestos (no era necesario)... El terror que sentí fue tal que debo de haber cerrado los ojos... Cuando los abrí, Omar no estaba. Paralizado, estrangulado, como en una pesadilla, yo quería moverme y no podía. Era como si un viento me apretara por todos lados a la vez. Me sentía deformado, retorcido, con las dos orejas del mismo lado, los dos ojos del otro, un brazo saliéndome del ombligo, el otro de la espalda, el pie izquierdo saliendo del muslo derecho..., Acuclillado, como un sapo octodimensional... Tuve la impresión, que tan bien conocía, de correr desesperadamente para huir de un peligro, de un horror... del monstruo agazapado que ahora era yo mismo. Sólo podía detenerme en el sitio más seguro.

De pronto, no sé cómo, me encontré en la cocina de mi casa, detrás de la mesa. Mi madre me daba la espalda frente a la mesada, mirando por la ventana. No trabajaba, no hacía la comida ni manipulaba cosas, lo que era rarísimo en un ama de casa clásica que siempre estaba haciendo algo, pero su inmovilidad estaba llena de impaciencia. Lo supe porque yo tenía una comunicación telepática con ella. Y ella conmigo: debió de sentir mi presencia, porque repentinamente se dio vuelta y me vio. Soltó un grito como no le he oído otro jamás, se llevó las dos manos a la cabeza con un gesto y un gemido de angustia, casi de llanto, que nunca antes había manifestado frente a mí pero que yo había sabido que estaba dentro de sus capacidades expresivas. Era como si hubiera sucedido algo inimaginable, imposible.

Por los gritos que me propinó cuando pudo volver a articular supe que Omar

había venido, al mediodía, a decir que yo me había escondido y no quería aparecer pese a sus llamados y declaraciones de que no jugaba más, de que tenía que irse. Esas obstinaciones eran típicas en mí, pero a medida que pasaban las horas empezaron a alarmarse, mamá participó en la busca, y al fin había intervenido papá (era el último grado de alarma) y todavía estaba buscándome, con ayuda del padre de Omar y no sé qué otros vecinos, una batida en regla por las intermediaciones, y ella no había podido hacer nada, no había empezado a preparar la cena, no había tenido ánimo siquiera para prender las luces... Noté que en efecto la luz ya era gris oscuro, ya casi era de noche. ¡Pero yo había estado ahí todo el tiempo! No se lo dije porque la emoción me impedía hablar. No era yo, estaban equivocados... ¡El que había desaparecido era Omar! Era a su madre a la que había que decírselo, ésa era la busca que había que emprender. Y ahora, pensé en un espasmo de desesperación, sería mucho más difícil porque caía la noche. Me sentía culpable por el tiempo perdido, del que por primera vez comprendía la cualidad de irrecuperable.

Es increíble la velocidad que puede tomar la sucesión de hechos a partir de uno que se diría inmóvil. Es un vértigo; directamente los hechos ya no se suceden: se hacen simultáneos. Es el recurso ideal para desembarazarse de la memoria, para hacer de todo recuerdo un anacronismo. A partir de aquel lapsus mío, todo empezó a pasar a la vez. En especial para Delia Siffoni, la madre de Omar. La desaparición de su hijo la afectó mucho, le afectó la mente, cosa que habría debido sorprenderme porque no era de tipo emocional; era de esas mujeres, tan abundantes entonces en Pringles, en las afueras pobres donde vivíamos, que antes de dejar de parir para siempre tenían un solo hijo, un varón, y lo criaban con cierto desapego severo. Todos mis amigos eran hijos únicos, todos más o menos de la misma edad, todos con esa especie de madres. Eran maniáticas de la limpieza, no dejaban tener perros, parecían viudas. Y siempre: un solo hijo varón. No sé cómo después llegó a haber mujeres en la Argentina.

Delia Siffoni había sido amiga de mi madre en su infancia. Después se había ido del pueblo, y cuando volvió, casada y con un hijo de seis o siete años, vino a alquilar por pura casualidad una casa al lado de la nuestra. Las dos amigas se reencontraron. Y nosotros dos, Omar y yo, nos hicimos inseparables, todo el día juntos en la calle. Nuestras madres en cambio mantenían esa distancia teñida de malevolencia típica de las mujeres locales. Mamá le encontraba muchos defectos, pero eso era casi un pasatiempo para ella. En primer lugar, que estaba loca, desequilibrada: todas lo estaban, cuando se ponía a pensarlo. Después la manía de limpieza; hay que reconocer que Delia era un dechado. Mantenía herméticamente cerrada la salita, a la que nadie entraba nunca bajo ningún pretexto. El único dormitorio resplandecía, y la cocina también. En esos tres ambientes se terminaba la casa, que era una réplica exacta de la nuestra. Barría varias veces por día los dos patios, el delantero y el trasero, incluyendo el gallinero; y la vereda, de tierra, estaba siempre asperjada. Se dedicaba a eso. Le habíamos puesto de apodo «la paloma», por la nariz y los ojos; mi madre era especialista en encontrar parecido con animales. Ahí contribuía el modo de

hablar de Delia, un poco susurrante y precipitado, lo mismo que sus modales y desplazamientos cuando estaba en la vereda (siempre estaba afuera: otro defecto), esos pasitos ligeros con los que parecía alejarse, y volvía hacia su interlocutora, mil veces, se iba, volvía, se acordaba todavía de algo más que decir...

Delia tenía una profesión, un oficio, y en eso era una excepción entre las mujeres del barrio, sólo amas de casa y madres, como era el caso de la mía. Era costurera (costurera, justamente, ahora me doy cuenta de la coincidencia), podría haberse ganado la vida con su trabajo y de hecho lo hacía porque su marido tenía no sé qué empleo vago de transportes y en líneas generales no podía decirse que trabajara. Ella era una costurera de fama, confiable y prolijísima, aunque de un gusto pésimo. Lo hacía perfecto, pero había que darle instrucciones muy precisas, y vigilarla hasta el último minuto para que no lo echara a perder siguiendo su inspiración nefasta. Pero rápida, era rapidísima. Cuando las clientas iban a probarse... Había cuatro pruebas, eso era canónico en la costura pringlense. Con Delia, las cuatro pruebas se confundían en un instante, y además la prenda ya estaba hecha antes. Con ella no había tiempo de cambiar de idea, ni mucho menos. Había perdido mucha clientela por ese motivo. Siempre estaba perdiendo clientas; era un milagro que le quedaran. Es que siempre estaban apareciendo nuevas. Su velocidad sobrenatural las atraía, como la luz de una vela a las polillas.

En el verano, me despertaban los pájaros. Teníamos un solo dormitorio para toda la familia, en la parte delantera de la casa, a la calle. Mi camita estaba bajo la ventana. Mis padres, gente de campo, tenían el hábito de dormir con la ventana cerrada; pero yo había leído en el *Billiken* que era más sano tenerla abierta de noche, así que cuando todos dormían me ponía de pie en la cama y la abría, un centímetro apenas, sin hacer el menor ruido. El griterío de los pajaritos en los árboles de enfrente me caía encima antes que a nadie. Era el primero en despertarme, sobresaltado por ese polvillo de puntos agudos, así como había sido el último en dormirme al cabo de una interminable sesión de horrores mentales. Pero siempre sucedía que mi mamá se había dormido después que yo, y se había despertado antes. Me enteraba indirectamente, por algún comentario, y además sabía que ella se quedaba levantada hasta después de la medianoche, tejiendo, cosiendo, escuchando la radio, tocando el piano —curiosa ocupación esta última, pero ella había sido concertista de pueblo, de día no tenía tiempo ni ganas de practicar, y a mí no me despertaba—. Cuando me despertaban los pájaros a la mañana ella ya trajinaba desde hacía rato. No sé cómo podía ser, porque sin negar una realidad, yo seguía creyendo en la otra: yo velaba mientras ella dormía, inclusive la veía dormir (creo verla todavía), dormir profundamente, abandonada al sueño, que la embellecía. Su vigilia se trasapelaba en el sueño. ¿No sería sonámbula? Apuntaba en ese sentido el hábito tan curioso de tocar el piano (Clementi, Mozart, Chopin, Beethoven, y una transcripción de *Lucia de Lammermoor*) en lo profundo de la noche. Eso nunca lo oí, ella debía de asegurarse de que yo estuviera bien dormido, pero hasta hoy puedo evocar la sensación

sobrenaturalmente sedante de esa música nocturna, cada nota desatando todos los nudos de mi vida. De ahí debe de datar mi pasión torturada por la música, por la música que no entiendo, la más extraña, absurda, vanguardista —ninguna me parece lo bastante avanzada e incomprensible. De adulto, descubrí que mi madre dormía inmensamente, era una privilegiada, una Reina del Sueño, de las que podrían dormir siempre, toda la vida, si se lo propusieran. Pero entonces, ella tenía la coquetería del insomnio, y cuando por casualidad se refería a la noche era para decir «No pegué un ojo». Como todos los chicos, yo debí de creerle al pie de la letra. Yo también he sido un Rey del Sueño, un verdadero lirón.

En verano me despertaba tempranísimo, con los pájaros, porque amanecía muy temprano, mucho más que ahora. Antes no se cambiaba la hora según las estaciones, y además Pringles estaba muy al sur, donde los días eran más largos. A las cuatro, creo, empezaba el coro de los pájaros. Pero había uno, un pájaro, que era el que me despertaba en esos amaneceres de verano, un pájaro con el canto más bello y extraño que pueda soñarse. Nunca volví a oír algo así. Era un gorjeo atonal, locamente moderno, una melodía de notas al azar, agudas, límpidas, cristalinas. Las hacía tan especiales lo inesperadas que eran, como si existiera una escala, y el pájaro escogiera cuatro o cinco notas de ella en un orden que burlaba por sistema cualquier expectativa. Pero el orden no podía ser inesperado siempre, no hay un método así; el azar mismo debía contribuir a que se cumpliera alguna expectativa, la ley de las probabilidades lo exige. Y sin embargo, no.

En realidad no era un pájaro. Era el camión del señor Siffoni, cuando le daba manija. En aquel entonces a los autos había que darles manija por delante para poner en marcha el motor. Éste era un vehículo viejísimo, un camioncito cuadrado, de lata roja, que no se sabía bien cómo podía seguir funcionando. Después del trino maravilloso, venían las toses patéticas del motor. Me pregunto si no sería eso lo que me despertaba, e imaginaba el canto previo. Suelo tener, todavía hoy, esas ensoñaciones del despertar. Aquello les dio el modelo.

El camioncito rojo se recortaba en los colores limpios y hermosos del amanecer pringlense, el cielo perfecto de azul, el verde de los árboles, el dorado de la tierra de nuestra calle. El verano era la única estación en que Ramón Siffoni trabajaba en cargas. El resto del año descansaba. Tampoco en la temporada trabajaba mucho, según mis padres, que lo criticaban por eso. Ni siquiera se levantaba temprano, decían (pero yo sabía la verdad).

Justo al lado de casa, del otro lado, vivía un camionero de profesión, uno verdadero. Tenía un camión modernísimo, enorme, con acoplado (en ese acoplado justamente habíamos jugado aquel mediodía fatídico Omar y yo), y hacía largos viajes hasta los más lejanos confines de la Argentina. No sólo en verano, esas cargas de ocasión y buen clima de Siffoni en su camión de juguete, sino en serio. Se llamaba Chiquito, era medio pariente nuestro, y a veces cuando yo salía para la escuela en pleno invierno, con el cielo todavía oscuro, él me había dejado un muñeco de nieve

en la puerta, señal de que había partido en un largo viaje.

El muñeco de nieve... La bella postal del camioncito rojo en el amanecer celeste y verde... La fiesta de los sentidos. Y todo eso se balanceó de pronto en la desaparición.

Mis padres eran gente realista, enemiga de las fantasías. Todo lo juzgaban por el trabajo, su patrón universal para medir al prójimo. Todo lo demás se inclinaba ante ese criterio, que yo heredé en bloque y sin discusión: siempre he venerado el trabajo por encima de cualquier otra cosa; el trabajo es mi dios y mi juicio universal; pero nunca trabajé, porque nunca tuve necesidad de hacerlo, y mi devoción me eximió de trabajar por mala conciencia o por el qué dirán.

En las conversaciones familiares en mi casa era habitual pasar revista a los méritos de vecinos y conocidos. Ramón Siffoni era uno de los que salían mal parados en ese escrutinio. Su esposa no escapaba a la condena porque mis padres, realistas como eran, nunca hacían de las esposas víctimas del ocio de los maridos. Que ella también trabajara, cosa rarísima en nuestro medio, no la eximía, por el contrario la hacía más sospechosa. Esa costurera delgada, pequeña, con rasgos de pájaro, neurótica en grado sumo, de la que era imposible adivinar los horarios de costura ya que siempre estaba en la puerta comadreando, ¿qué hacía en realidad? Misterio. El misterio era parte del juicio, porque mis padres, por realistas, no podían ignorar que las recompensas del trabajo eran caprichosas, con demasiada frecuencia inmerecidas. La divinidad enigmática del trabajo se encarnaba, en una suspensión negativa del juicio, en Delia Siffoni. Mi mamá podía reconocer las prendas hechas por ella en cualquier mujer del pueblo (es cierto que las conocía a todas), perfectas, prolijas hasta la locura, sobre todo los sábados a la noche en la «vuelta al perro», y después se lo comentaba a Delia; a mí me parecía un poco hipócrita, pero no entendía bien sus mecanismos. Con todo, las epifanías, y la hipocresía, son parte del tratamiento divino.

En aquel preciso momento de su vida profesional, y de su vida a secas, Delia había caído en una especie de trampa hecha a su medida. Silvia Balero, la profesora de dibujo, pretendida mosca muerta y candidata a solterona, se casaba de apuro. En nombre de las apariencias, lo haría por iglesia, de blanco. Y el encargo del vestido de novia se lo llevó a Delia. Como era artista, la Balero hizo ella misma el diseño, atrevido, nunca visto, y trajo de Bahía Blanca, adonde viajaba con frecuencia en su autito, los quintales de tules y plumetí, todo de nylon, que era la última novedad. Trajo hasta el hilo para coserlo, también sintético, trencilla de banlon perlado. Sus dibujos contemplaban hasta el menor detalle, y además se hizo el deber de estar presente en el corte y los hilvanes preliminares: ya se sabía que a la costurera había que vigilarla de cerca. Ahora bien, Delia era especialmente mojigata, más que el común. Era casi malévola en ese sentido; durante años había estado atenta a cada irregularidad moral en el pueblo. Y cuando las conocidas, con las que departía el día entero, empezaron a hacerle preguntas (porque del caso Balero se hablaba con fruición) se sintió molesta y empezó a hacer amenazas, por ejemplo de no coser ese

vestido, el traje hipócrita de la ignominia blanca... ¡Pero sí que iba a coserlo! Un pedido así, se daba una vez por año, o menos. Y con el inútil de marido que tenía, según el consenso del barrio, no estaba para moralismos. La situación estaba cortada a medida para ella, porque una velocidad se superponía a la otra. Ya dije que cuando ella ponía manos a la obra las pruebas se superponían a la puntada final... Un embarazo tenía plazo y velocidad fijas, es decir una lentitud; pero aquí no se trataba del ajuar de un bebé; en el caso de Silvia Balero había un anacronismo de precisión, al que en la vida de pueblo se le hacía mucho caso. La ceremonia, el vestido blanco, el marido... Todo debía realizarse de pronto, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, y sólo así funcionaba. En realidad no funcionaba, porque ya todos los detentadores de opinión que a Silvia podían importarle estaban sobre aviso. Es como para ponerse a pensar, por qué se tomaba tanto trabajo. Probablemente porque estaba obligada.

Era una chica cuyos veinte años habían pasado, sin novio, sin casamiento. Una profesional, a su modo. Había estudiado dibujo, o algo así, en una academia de Bahía Blanca; daba clases en el colegio de monjas (su empleo estaba en peligro), en el Colegio Nacional, y a alumnos privados, organizaba exposiciones, todo eso. No sólo era profesora de dibujo diplomada, sino una amiga de las artes, casi una vanguardista. Es cierto que había llegado hasta los Impresionistas nada más, pero no hay que ser demasiado severos en ese punto. A los pringlenses en aquel entonces había que explicarles el Impresionismo, y recomenzar toda la historia, con valentía. A ella no le faltaba valor, aunque quizás sólo fuera su inconsciencia de tonta. Y era linda, inclusive muy linda, una rubia alta con maravillosos ojos verdes, pero a las solteronas siempre les pasaba eso: ser lindas sin ningún efecto. Haberlo sido, en vano.

El verdadero problema no era ella, sino el marido. ¿Quién sería? Misterio. Para casarse se necesitan dos. Ella se casaba, por amor según decía (o le hacían decir en los relatos: todo era muy indirecto), no por necesidad... Muy bien, era mentira pero muy bien. Al menos era coherente. Salvo que, ¿con quién? Porque el sujeto, el responsable, era casado, y tenía tres hijas. Históricas de las que se tomaban sus fantaseos nupciales por realidad era lo que sobraba entre las solteronas de Pringles. Representaban casi una magia. Y de la Balero bien podía esperarse algo así, aunque nadie se lo hubiera esperado antes. Todo esto eran suposiciones, comentarios, chismes, pero convenía prestarle atención porque por regla general eran ciertos como la verdad.

Loca ya, a Delia Siffoni la desaparición de su único hijo la volvió loca. Entró en un frenesí. Espectáculo prodigioso, postal perenne, cine trascendental, escena de las escenas: ver a una loca volverse loca. Es como ver a Dios. La historia de estas últimas décadas ha hecho más y más rara esa ocasión. Aunque fui testigo, no me atrevería a intentar una descripción. Me remito al juicio del barrio; en él, la última palabra la tenían los miembros del mismo sexo que el enjuiciado. Los hombres se hacían cargo de los hombres, las mujeres de las mujeres. Mi mamá era entusiasta

partidaria de la desesperación, tratándose de los hijos. Según ella, no quedaba otra cosa: aullar, perder la cabeza, hacer escenas. Nunca tuvo que hacerlas, por suerte; tenía sangre alemana, era en extremo discreta y reservada, no sé cómo se las habría arreglado. Cualquier otra cosa equivalía a ser «tranquila», lo que en su idioma alusivo, pero muy preciso, significaba no amar a su prole. Más allá de la desesperación no veía nada. Después sí vio, vio demasiado, cuando nuestra felicidad se hizo pedazos; pero en aquel entonces era muy estricta: la escena, el telón del grito, y atrás nada. En realidad, ni a ella ni a ninguna de sus conocidas le había sido necesario nunca volverse locas de angustia; la vida era muy poco novelesca entonces... La locura de una madre sólo podía desencadenarla, hipotéticamente, algún accidente horrendo que les pasara a los hijos. A nosotros los chicos, libres y salvajes, nos pasaba de todo, pero no lo definitivamente horrendo. No nos perdíamos, no desaparecíamos... ¿Cómo perderse en un pueblito en el que todos se conocían, y casi todos estaban más o menos emparentados? Extraviar un hijo sólo podía pasar en laberintos que no existían entre nosotros. Aun así, aun siendo un temor nada más, el accidente existía: una fuerza invisible lo arrastraba hacia la realidad, y seguía arrastrándolo aun allí, dándole las formas más caprichosas, reordenando todo el tiempo sus detalles y circunstancias, creándolo, aniquilándolo, con toda la potencia inaudita de la ficción. En eso consistía, y debe de seguir consistiendo, la felicidad de Pringles.

No puede extrañar entonces que, en el trance aquel, Delia se haya visto ante el abismo, ante los campos magnéticos del abismo, y se haya precipitado. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El abismo que se abrió ante Delia Siffoni tenía (y sigue teniendo) un nombre: la Patagonia. Cuando les digo a los franceses que yo vengo de ahí (mintiendo apenas) abren la boca, me admiran, casi incrédulos. Hay mucha gente en todo el mundo que sueña con viajar alguna vez a la Patagonia, ese extremo del planeta, desierto bellísimo e incomunicable, en el que podrían pasar todas las aventuras. Todos están más o menos resignados a no llegar nunca tan lejos, y en eso debo darles la razón. ¿Qué irían a hacer allá? Y además, ¿cómo llegar? Se interponen todos los mares y ciudades, todo el tiempo, todas las aventuras. Es cierto que hoy las compañías de turismo simplifican mucho los viajes, pero por alguna razón sigo pensando que ir a la Patagonia no es tan fácil. Lo veo como algo distinto de cualquier otro viaje. Mi vida fue llevada a la Patagonia de un soplo, en un momento, aquel día de mi infancia, y se quedó allí. Creo que viajar no vale la pena si uno no lleva consigo su vida. Es algo que estoy confirmando a mis expensas durante estos días melancólicos en París. Es paradójico, pero un viaje se soporta sólo si es insignificante, si no cuenta, si no deja huella. Uno viaja, se va al otro lado del mundo, pero deja su vida en casa, guardada y lista para recuperarla a la vuelta. Salvo que cuando uno está lejos se pregunta si por casualidad no habrá traído su vida consigo, sin querer, y allá no habrá quedado nada. Basta con la duda para crear un miedo atroz, insoportable, sobre todo porque es un

miedo a nada, una melancolía.

Siempre se usa una razón para precipitarse. Para eso sirven las razones. La que usó Delia no sólo era correcta en sí: también se adecuaba a lo que había pasado, en líneas generales, haciendo a un lado algún detalle. Ese mediodía, justo cuando estábamos jugando en la calle, el Chiquito había partido en su camión con rumbo a Comodoro Rivadavia, a cargar no sé qué, seguramente lana. Mi tía Alicia, que le daba pensión en su casa, lo había visto partir, después de un almuerzo temprano preparado para él solo. En efecto, había montado al camión ya listo para la travesía, el tanque lleno (se había ocupado de eso a la mañana), lo puso en marcha y partió rápido... ¿Qué más natural que un chico que estuviera jugando en la caja vacía quedara aprisionado del movimiento, no atinara a hacerse oír, y fuera llevado sin querer, quién sabe hasta dónde, en un rapto perfectamente involuntario? No era probable que el camionero se detuviera hasta la noche, ya pasado el Río Negro, en plena Patagonia. El Chiquito era de una resistencia formidable, un toro, y en este caso inclusive había hecho algún comentario (si no lo había hecho, Alicia bien podía inventarlo), en el sentido de la urgencia con que lo esperaban para esa carga, la conveniencia de salir después de un buen almuerzo para hacer un trecho larguísimo todo de una vez, etcétera.

Ya habían pasado varias horas, y el barrio entero estaba en ascuas por el caso del niño perdido. El señor Siffoni había tomado cartas en el asunto, aunque más no fuera para disminuir la histeria de su esposa. Pero justo cuando estaba ausente hizo crisis la suposición, nada descabellada, de la partida forzada en la caja del camión o el acoplado. Fue algo casi demasiado obvio. Las vecinas fueron un poco culpables de presentárselo así a Delia. Hicieron entonces algo absolutamente insólito: llamar un taxi, para no perder un solo minuto más y dar caza al camión. En Pringles había dos taxis, que se usaban sólo para ir a la estación del Ferrocarril Roca. Uno de ellos, el de Zaralegui, acudió llamado por teléfono. No debió de entender bien de qué se trataba, de otro modo no habría agarrado viaje. Era absurdo, porque su viejo Chrysler de los años treinta no podría alcanzar nunca la velocidad crucero de un camión un cuarto de siglo más moderno. Pero no les pareció extraño que el perseguidor fuera más lento que el perseguido. Por el contrario, les parecía que según la lógica del largo plazo tenía que alcanzarlo, ¿qué otra cosa podía pasar?

En el apuro de la partida, Delia, que estaba como loca, le dio un zarpazo al vestido de novia en el que estaba trabajando, y a su costurero, porque se le ocurrió que podía seguir trabajando durante el viaje, ya que la labor comportaba tanta urgencia. Ahora, si tal era el caso, si el trabajo urgía, pudieron preguntarse las vecinas, ¿por qué no trabajaba, en lugar de pasarse el día en la calle, manteniéndose al tanto de todo lo que pasaba? No estaba en sus cabales en ese momento crítico; un enorme vestido de novia, con su superposición de blancuras vaporosas y su volumen que superaba al de Delia, tan escaso, era lo más incómodo que podía haber escogido para llevar. (Quiero dejar anotada aquí una idea que más adelante puede ser útil: el

único maniquí adecuado que se me ocurre para el vestido de novia es un muñeco de nieve.) Además, coser un vestido de novia en el asiento trasero de un taxi, bamboleándose por esos caminos de tierra que iban hacia el sur... Adónde iría a parar su famosa prolijidad. Y allí partió, como loca... Las vecinas la vieron irse y se quedaron donde estaban, haciendo comentarios y esperando que volviera. Tan irracional era la situación que realmente pensaban que estaría de vuelta en cualquier momento. Es que ni siquiera había cerrado la casa, ni siquiera le había avisado al marido... Eso justificaba que las vecinas se quedaran en corrillo en la vereda, esperando a Ramón Siffoni para decirle que su mujer había partido, desesperada, loca (como una buena madre) y todavía no regresaba...

Todo esto puede parecer muy surrealista, pero yo no tengo la culpa. Me doy cuenta de que parece una acumulación de elementos disparatados, según el método surrealista, de modo de obtener una escena que lo tuviera todo de la perfecta invención, sin el trabajo de inventarla. Esos elementos. Breton y sus amigos los traían de cualquier parte, de lo más lejano, de hecho los preferían tan lejanos como fuera posible, para que la sorpresa fuera mayor, el efecto más efectivo. Es interesante observar que en su busca de lo lejano hayan ido, por ejemplo en los «cadáveres exquisitos», apenas hasta lo más cercano: el colega, el amigo, la esposa. Por mi parte, no voy ni cerca ni lejos, porque no busco nada. Es como si todo hubiera sucedido ya. En realidad sucedió; pero a la vez es como si no hubiera sucedido, como si estuviera sucediendo ahora. Es decir, como si no sucediera nada.

Durante el viaje en taxi Delia no cosió una puntada, ni abrió la boca. Iba tiesa en el asiento trasero, con la vista fija en el camino, esperando el camión, contra toda esperanza. El silencio de Zaralegui, que tampoco habló, tenía otra densidad, porque ésa fue la última tarde de su vida. Podría haber dicho sus últimas palabras, pero se las guardó para él. Iba concentrado en la conducción, que si no exigía demasiada atención por la cantidad de vehículos circulando (ninguno) sí lo hacía por lo poceado del camino. Era un buen profesional. Debía de estar intrigado, o al menos confuso, por lo que estaba pasando. Nunca antes lo habían tomado para un trayecto tan inexplicable, y debía de estar preguntándose hasta dónde, hasta cuándo. No se lo preguntaría mucho tiempo más, el pobre, porque muy pronto iba a morir.

Sucedió que, muchas horas de marcha después, de pronto un camión enorme se precipitó contra ellos, contra Zaralegui al volante, bien de frente. Salvo que no de frente para el camión, sino de atrás. O sea que fueron ellos los que se precipitaron contra el camión, y a toda velocidad, a esa velocidad multiplicada que sólo sucede cuando dos vehículos vienen muy rápido y chocan. Quién sabe cómo pudo ser, si los dos iban en el mismo sentido. Quizás el camión aminoró un poco la velocidad, muy poco, y eso ya equivalía a una fantástica aceleración en contra para el que venía atrás. (Para explicarme este episodio, como tantos otros, estoy presuponiendo, con poco realismo, grandes velocidades.) Lo cierto es que el Chrysler se incrustó de la manera más salvaje contra la parte trasera del acoplado del camión, y quedó deshecho,

reducido a un cascarón de lata retorcida. No sólo eso: quedó pegado, como un meteorito que hubiera hecho impacto en un planeta. Y siguió viaje allí, colgado. El camionero, treinta metros adelante, no lo advirtió siquiera. Aquellos camiones eran realmente como planetas. El que los conducía no podía saber jamás lo que pasaba en sus extremos inabarcables. Sobre todo cuando llevaba un acoplado, que era otro planeta a la rastra.

Zaralegui murió en el acto, no tuvo tiempo de pensar nada. A Delia, que iba atrás ocupada en pegar una valenciana con sus puntadas minúsculas, no le pasó nada. Pero el choque, el salto, la adhesión al planeta, y sobre todo el brinco hacia atrás que dio Zaralegui, ya muerto, que vino a quedar en sus brazos, en el pimpollo de tules, como un bebé, le produjeron un *shock* de proporciones. Perdió el conocimiento, y siguió viaje dormida, sin ver el paisaje. Más que sueño fue un coma histérico, del que salió distinta, loca por tercera vez. Ni se enteró, pero el camionero estacionó al borde del camino y durmió toda la noche en la cucheta, en el pequeño departamento que tenían aquellos camiones detrás de la cabina, prosiguió la marcha al amanecer, y no se detuvo en todo el día siguiente.

Cuando Delia se despertó, el sol se ponía sobre la provincia de Santa Cruz.

La Patagonia... El confín del mundo... Sí, de acuerdo; pero el confín del mundo sigue siendo el mundo. Todo el cielo rosa como el pétalo de una flor titánica, la tierra azul, un disco inmóvil sin otro límite que la línea... Eso era el mundo entonces. Eso era todo el mundo, ese lugar al que Delia había sido llevada por accidente, por la fuerza loca de los hechos, y del que parecía totalmente impensable que fuera a salir alguna vez. Primero se sintió como una niña en una calesita, montada en el lomo de un escarabajo de cristal negro. Hasta le parecía oír la música, y la oía realmente, sólo que era el silbido del viento.

Después, de pronto, la horrible circunstancia de la que era víctima y protagonista se le hizo presente. Soltó un grito y agitó los brazos espantada, con lo que el cadáver de Zaralegui abandonó su regazo y salió volando. Un bache debió de haber contribuido, porque ella no tenía tanta fuerza.

Y además del bache, con toda seguridad, el torbellino del viento. El camión en plena marcha desplazaba una masa de aire del volumen y peso de una montaña. Las montañas que no había en esa meseta infinita las creaba el aire. Pero también había viento, y no poco; la Patagonia es la tierra del viento. En realidad había varios, que se disputaban el polvo que levantaba el camión, y combatían fieramente con el viento propio del vehículo, la envoltura de su velocidad. A ese paquete lo desplegaban mil veces por segundo, con un ruido de papeles de aire, deshacían los moños de gravedad, desgarraban, en el apuro, como niños apremiados por ver los juguetes, sus pliegos acartonados y fluidos a la vez.

Zaralegui dio dos vueltas carnero a cuatro metros de alto; con la columna rota como la tenía, sus piruetas no habría podido imitarlas ningún acróbata del mundo. Después salió volando hacia un costado. Como los brazos se movían, agitados por la

misma fuerza que lo transportaba, parecía vivo. ¡Qué espectáculo! Pero la conjunción de bache y torbellino debió de ser toda una mecánica de lanzamiento, porque Zaralegui no fue el único en salir volando: le siguieron el vestido, Delia, y la carcasa del auto, en ese orden. Cuando el vestido abrió su enorme ala blanca, la cola, y se elevó, a una velocidad supersónica, hacia el costado, Delia se sintió despojada. Era su trabajo el que se iba, y ella quedaba fuera del juego, sin función. Pensó que no lo recuperaría nunca. Ahora bien, cuando fue ella misma la que levantó vuelo, todos sus sentimientos se contrajeron en el terror. Era la primera vez que volaba.

La tierra se alejó, el camión también (lo último que vio de él fue la pared trasera de la caja, de la que se desprendía el capullo negro que había sido el Chrysler para echarse a volar a su vez), el cielo se acercó vertiginosamente. Cerró los ojos y al cabo de un instante los volvió a abrir.

El sol, que ya se había puesto en la superficie, se le apareció otra vez allá en el fondo del mundo; era la primera vez que volvía a ver el sol después de que se hubiera puesto. Era rojo como una pelota de hule rojo mojada de aceite luminoso. Y estaba en un lugar extraño: aunque visible, seguía bajo la línea del horizonte, en un nicho. Era el sol de la noche, que nadie había visto nunca.

Y no es que Delia se demorara en la contemplación. Ni siquiera podría decirse que lo haya mirado. Ni siquiera pensaba, lo que siempre es previo a mirar. Volar era una ocupación absorbente para ella. Tanto, tan absorbente de vida, que se le hizo una convicción absoluta que no sobreviviría. ¿Y cómo iba a sobrevivir? Los giros contradictorios del viento la habían llevado, en dos o tres volteretas, a más de cien metros de altura. El círculo del horizonte cambiaba de posición como si el compás hubiera caído en manos de un loco. Los vientos parecían gritar, excitadísimos: «Tomala vos», «Dámela a mí», entre carcajadas escalofriantes. Y Delia saltaba de aquí para allá, vibrando, vibrando, como un corazón en los altos y bajos de un amor, o en el vacío.

«Son mis últimos segundos», se gritaba a sí misma sin mover los labios. Los últimos segundos de su vida, y después no habría más que la negra noche de la muerte... Su angustia era indecible. Hablar de segundos era una retórica, pero también una gran verdad. Esos vientos locos parecían tener cuerda suficiente para hacer de los segundos minutos, y hasta horas, y no estaba fuera de lugar decir días, si se les antojaba. Pero aun así serían segundos, porque la angustia comprime el tiempo, cualquier lapso de tiempo, a la dimensión dolorosa de los segundos.

Debería aprovechar al menos esta experiencia, ya que no habría otra que la siga, pudo haberse dicho.

Pero eso era de todo punto de vista imposible. Gozar es imposible cuando todo es imposible; además, no había punto de vista alguno; no lo tenía el espectáculo que estaba dando, sin nadie que lo viera. Daba tantas vueltas, a una velocidad que superaba la del sonido, allí en las alturas límpidas del crepúsculo, que ya no tenía posiciones relativas. Era un *collage*, una figura recortada y movida por un artista

caprichoso, filmada en cámara rápida, sobre el fondo más rosa y liso del mundo, o del cielo, iluminada por un reflector rojo. La experiencia inmediatamente anterior a la muerte no se disfruta, nunca. Ahora bien, como la muerte es lo inesperado por excelencia, de ninguna experiencia puede decirse que sea la última. Siempre está la posibilidad de que sea la anteúltima. Ese fue un error de Delia (¡sus últimos segundos!), el primero de una serie inusitada que la llevaría muy lejos.

Hay cosas que parecen eternas, y sin embargo pasan. La muerte misma lo hace. Delia había perdido de vista la tierra hacía rato, ya no sabía si estaba al derecho o al revés, si caía o se elevaba, si seguía la vertical o se iba de costado... ¿Qué importancia tenía, a esa altura? Siempre había un viento nuevo para tomarla en sus manos y jugar al yo-yo con ella. ¿De dónde salían, los vientos? Parecía haber un agujero en el cielo, de donde salía el chorro. Ese agujero era invisible.

Pero, como digo, de pronto había pasado. Delia se encontraba de vuelta en la tierra, y caminando. No sabía realmente cómo podía ser. Estaba caminando sobre sus dos piernas, en la tierra llana, despojada. No se veía un árbol, una altura, nada. Se olvidó de inmediato del peligro de muerte que había corrido.

Delia adoraba hacer el papel de la fatalista a ultranza, la dama de la muerte, cada tarde dispuesta a pasarse la noche en un velorio; su conversación estaba llena de cáncer, ceguera, parálisis, coma, infarto, viudas, huérfanos. Había encarnado con tanto entusiasmo ese personaje que ya era ella, era su temática, su posición. Era una preferencia electiva, porque la vida segura y protegida que llevaba, el capullo de la clase media pueblerina, la ponía al margen de cualquier prueba seria en la que estuviera en juego su supervivencia. El deseo de vivir quedaba exento de cualquier comprobación. Eso también formaba parte de su ser definitivo. Mientras volaba, sin tiempo para pensar o reaccionar (que es lo mismo) se había aferrado a su retórica personal. Ahora que estaba caminando sana y salva el tiempo se abría bajo sus pasos; sus piernas eran la tijera que recortaba el pimpollo traslúcido del tiempo, y seguían abriéndolo y desplegándolo. Con lo que se vio ante la perentoria necesidad de dar curso a ciertas ideas sobre la realidad y renunciar momentáneamente a ese «qué me importa, total ya estoy muerta» que constituía su elegancia.

No sabía dónde estaba, ni adonde se dirigía. Ni siquiera qué hora era. Para empezar, ¿cómo era posible que siguiera siendo de día? Era de noche, eso lo sentía su cuerpo y su mente. Y aun así, era de día. ¿En qué astronomías locas había caído?

¿Esto es la Patagonia, entonces? se decía perpleja. Si esto es la Patagonia, ¿yo qué soy?

A todo esto, cuando Ramón Siffoni volvió en su camioncito al barrio, ya casi de noche. Lo estaba esperando un comité de angustia.

—¡El Omar no se había perdido...! —empezó, pero allí mismo se detuvo, porque sintió que no estaba diciéndoselo a nadie. Era un hombre nervioso y malhumorado, de pocas pulgas, exigente e insatisfecho. Entonces preguntó—: ¿Dónde está mi señora?

Era lo que sus vecinas estaban esperando.

—Se fue en taxi a la Patagonia.

Si le hubieran hecho un agujero en la nuca con un taladro no lo habrían sacudido más.

Le dieron la explicación, pero quién sabe si algo le atravesó la costra de rabia. Algo seguramente sí, porque volvió a montar su catramina roja y salió acelerando con ruido de latas sueltas, él también con rumbo al sur, adonde ese día todos parecían dirigirse.

Lo que no vio fue que desde la esquina donde había estado estacionado, un autito celeste individual, de ésos que había que desarmar por arriba para que entrara el conductor, comenzaba a seguirlo. Esto era sumamente inusual, quizás la primera vez, y la última, que sucedió en Pringles.

Y sin embargo, pasó desapercibido. Las vecinas estaban encandiladas con el gesto abrupto, a su modo romántico, del marido enojado. Y Ramón Siffoni... qué lo iba a notar él, en el estado en que se encontraba. Corría, se lanzaba, a impedir que su esposa cometiera el error más grande de su vida. Y si su viejo camioncito rojo no era tan veloz como hubiera debido ser, no le importaba, porque lo que quería en ese momento era tener un cohete interplanetario.

Iba, como puede comprobarlo cualquiera que mire un mapa, en dirección sudoeste. Es decir en las dos direcciones en que el día se alarga, en el verano argentino. Y como estaba fuera de sí, él era el sudoeste. Eso funcionaba. El día comenzó a alargarse como una serpiente, y el camioncito rojo, que en las inmensidades en las que empezaba a resbalar se hacía realmente pequeño, era la cabeza hambrienta y llameante de la serpiente, con la lengua asomando: la lengua era la manija en dos ángulos rectos que en el apuro Ramón había olvidado sacar.

Pero no iba solo. Un kilómetro o dos atrás, la vista de la dama al volante fija en la estela de polvo del camión, corría un autito celeste, uno de los más pequeños que se hayan construido nunca, y de los más livianos. Que fuera liviano como un bostezo no importaba tanto, o no importaba nada, frente a la importancia en el misterio que tenía ese autito. Ahí, lo era todo. Ese autito era el misterio, y era más que eso: era el misterio en marcha. Esos vehículos, hechos para movilizarse en las ciudades, en distancias breves, fueron una excentricidad de los años cincuenta y sesenta, después se los olvidó. Nosotros los llamábamos «ratones». Cabía una sola persona, no muy corpulenta, y bien plegada. A nadie se le ocurría viajar en un auto de ésos. Y sin embargo éste, celeste, que era un espécimen del modelo más minúsculo, se había lanzado en la persecución más larga y peligrosa, casi como una réplica en miniatura de otra cosa, un juguete metiéndose en el mundo adulto. Alrededor de él la Patagonia gigante y desierta comenzaba a abrir su boca. Pero no se amedrentaba. Avanzaba, corría, casi como si supiera adónde iba, o como si fuera a alguna parte. O como si no fuera a ninguna parte. Era el autito-imán, la burbuja de la soda del viento, el punto azul del cielo, el misterio en todas sus dimensiones. El misterio no ocupa lugar, dice

el proverbio. De acuerdo, pero lo atraviesa.

Muy bien. Ya están en el escenario todos los protagonistas de la aventura. A ver si puedo hacer una lista ordenada:

1) el gran camión con acoplado, el planeta doble, del Chiquito, abriendo la marcha.

2) la carcasa del Chrysler de Zaralegui, a esta altura más parecida que nada a una banadera china de laca negra.

3) el cadáver de Zaralegui.

4) Delia Siffoni, perdida, caminando al azar.

5) el vestido de novia de Silvia Balero, llevado por el viento.

6) Ramón Siffoni en su camioncito rojo (un día antes).

7) y cerrando la comitiva, el misterioso autito celeste.

Por supuesto, no es tan fácil. Hay otros personajes, que ya irán apareciendo... O mejor dicho, no. No es que haya otros personajes (estos son todos) sino que las revelaciones terminaron haciéndolos otros, dando lugar a encuentros que Delia Siffoni no habría sospechado nunca, ni ella ni ninguna de las Delias Siffonis del mundo, con todas las cuales estaba iniciando, allí en la Patagonia, una danza de transposiciones.

Hay borrachos que a partir de cierto momento en sus veladas hacen toda clase de mezclas; toman de todo, un vaso de cada alcohol que tengan a mano, al azar. Nosotros sabemos qué imprudente es esta política, pero ellos se ríen, y siguen adelante; hay que reconocerles un asombroso vigor físico, una resistencia sobrehumana, que quizás tienen originalmente, y con seguridad desarrollan más con este hábito, en la paradoja de la autodestrucción, que por otro lado nunca es tan inmediata. Mezclan todo, y no se preocupan... Total, todo contribuye al mismo efecto, que es la ebriedad, su ebriedad personal, que es una, única. Y si él también es uno, se dice el bebedor, qué le importa cuántos sean los elementos que contribuyen a llevarlo a ese nivel sublime de unidad...

¡Feliz borracho! Si ha llegado a eso, ha llegado a todo, no tiene por qué preocuparse más, porque la idea en que se basa todo su razonamiento es cierta, y no hay más que decir (aunque sea dañino para la salud). Es cierto que él es uno, y es cierto que se trata de un proceso de simplificación: todo va hacia una especie de nada feliz, y nada se pierde en el camino.

«Simplifica, hijo, simplifica». Por algún motivo, yo no puedo hacerlo. Quiero, pero no puedo. Es más fuerte que yo. Es como si fuera abstemio.

Aquí en París bebo más de la cuenta.

Como no soy buen bebedor, el efecto es inmediato, y exagerado. Es el efecto, a secas. El efecto es andar ebrio, sonriendo bobamente por todos estos lugares prestigiosos, acumulando experiencias, recuerdos, para cuando no tenga otra cosa en qué apoyarme. Es un lugar común decir que una gran ciudad ofrece una sucesión continua de impresiones diferentes, todas en un magma de intensidad variable. Es

cierto. Pero ¿no debería ser cierto también para los otros, no sólo para uno mismo? Veo pasar a la gente, desde las terrazas de los cafés donde escribo, y todos sin excepción lucen compactos, cerrados en sí mismos, haciendo muy evidente que el efecto de la ciudad no ha actuado sobre ellos.

¿Pero qué pretendo? No lo sé. ¿Gente desarmada por sus propias visiones, como las mujeres de Picasso, cojos amedusados, devas de mil brazos, gente-agujero, gente fluida?

Quizás lo que espero ver, al cabo de un razonamiento que se sostiene a sí mismo, es gente que, como yo, no tenga vida. En eso estoy condenado al fracaso. Es curioso, pero todos tienen vida, hasta los turistas, que según mis razones no deberían tenerla. Nadie la deja en ninguna parte, todas las vidas parecen ser portátiles. Lo son naturalmente, como algo que va de sí. Tener una vida equivale (para ponerse prácticos y dejarse de metafísicas) a tener negocios, asuntos, intereses. ¿Y cómo va a despojarse uno de todo eso? Muy bien. ¿Y cómo lo hice yo entonces?

No sé.

Me he asomado a todas las bellezas, a todos los peligros. Y la suma no se sumó, ni la resta se restó, ni la multiplicación se multiplicó, ni la división se dividió.

Supongamos un hombre que por causa de una perturbación mental (lo supongo porque ayer lo vi) no pudiera caminar, avanzar, moverse siquiera, sin el acompañamiento o empuje de una música muy sonora, que él mismo se viera obligado a proferir a voz en cuello. Un sujeto incómodo para el prójimo, evidentemente, pero quizás no tanto, al menos para los que no lo vieran muy seguido, que podrían pensar, con toda razón, que el pobre infeliz no lo hace por gusto. Es curioso, pero podría apostar a que quienes tienen que soportarlo todos los días sí tendrían derecho a pensar que lo hace por gusto, y con seguridad lo piensan. Porque bien podría elegir la inmovilidad y quedarse callado.

No se mueve en el silencio, sino en el canto. Es casi como la ópera: el canto se hace gesto, y destino, y argumentación (incoherente, loca), y la gente que lo rodea también se hace destino y fatalidad. Avanza cargado de signos, llevando el carro de su ritmo, que en realidad él es el único en percibir. Se abre camino abriendo su vida con la torpeza demente con que un furioso rompe el envoltorio de un regalo. Salvo que él no encuentra el regalo y sigue abriendo siempre, cantando siempre. El melodrama perpetuo. Ahí está lo que pueden preguntarse sus allegados: ¿por qué insiste? En realidad lo que se preguntan es qué está antes: ¿el movimiento o el canto? ¿Canta para caminar, o camina para cantar? Pues bien, no hay respuesta, como no la hay para el enigma de la ópera. Porque no hay anterior o posterior, no hay sucesión, sino una especie de simultaneidad sucesiva.

Dentro de esa lógica extraña caminaba Delia Siffoni por la Patagonia aquella tarde funesta. Pero ella no lo hacía con la inconsciencia del loco. La pobre había caído en la trampa de un melodrama del que era apenas un personaje más. Justo ella, que siempre estaba hablando de desgracias. Sus palinodias fatalistas ya no la habrían

ayudado, porque la fatalidad no dependía de ella. Estaba en una combinatoria, pero estaba sola. No había tercera persona. No había relato.

¿Cómo pudo pasarme esto? se decía. ¿Cómo pude venir a parar sin darme cuenta a este páramo? Quería decir: justamente a mí, ¿por qué tuvo que pasarme a mí y no a otra? Pertenece a un tipo común; sin ponerse a pensarlo nunca en detalle, se había considerado una señora como todas las demás, a la que no tenía por qué pasarle algo que no les pasara a todas las demás. Es como si esas cosas le pasaran a otra, a una otra absoluta, es decir como si no le pasaran a ninguna. Y sin embargo... Su cerebro un tanto afiebrado en ese momento pasaba revista inopinadamente a toda clase de excepciones. ¿Conocía a tantas mujeres víctimas de lamentables destinos, algunos casi increíbles de tan encarnizados! Tantas mujeres que habrían podido decir «¿por qué a mí?»... y la pregunta quedaba sin respuesta... Tantas, que de pronto parecía que eran todas. En ese sentido, ella, a la que nunca le pasaba nada, era parte de una pequeña minoría de señoras-tipo, tan pequeña que casi era unipersonal. Las señoras inconcebibles que estaban en libertad de narrarlo todo, de ocuparse de todos los destinos. Y si ella era la excepción, la única, si el mundo se daba vuelta en ese sentido, entonces era lógico que le pasara lo excepcional y único. A ella, justamente. Quizás le parecía que eran tantas porque se dedicaba a eso, a los comentarios jugosos, uno tras otro, a exprimirlos hasta la última gota. Era la gran desocupada, la mujer chisme. Por ejemplo, le venía a la cabeza, quién sabe por qué, con una claridad casi excesiva, de microscopio, el caso de una joven que había sido uno de sus temas favoritos del pasado reciente, hasta ser desplazado por el candente *affaire* de la Balero: la chica se llamaba Cati Prieto; casada hacía un par de años, y madre de un bebé; el marido, con la excusa, justificada o no, eso no se sabía, de un trabajo en Suárez, la había literalmente abandonado, venía los domingos a la mañana, se iba a la noche, no se quedaba siquiera a dormir. Tenía otra en Suárez, eso era de cajón. Y cuando se presentaba, el maldito, sin advertir casi la presencia de su hijo, ella se pasaba las horas haciéndole notar los progresos del nene, la sonrisa, la manito, los gorjeos, mira, viste, oíste... y él fumando todo el tiempo, detrás de su máscara de hielo, su indiferencia. Y ella insistía, pobre infeliz... papá, pa... pá..., Para las comentaristas del caso, como Delia, era relativamente simple porque todo iba a parar a la bolsa de lo ignorado, como cuando se dice «cada familia es un mundo», y un mundo entero nadie puede pretender conocerlo. Pero quizás... Esto se le ocurría a Delia ahora, frente a lo cristalino de su visión... quizás esa joven patética tampoco sabía. Tampoco sabía, para empezar, si su marido la había abandonado o no, si ella era estúpida, si conservaba esperanzas, si él tenía o no otra mujer en Suárez, etcétera. Quizás no sabía nada, y quizás no tenía modo de saberlo; ella era la que menos sabía, como cuando se dice «es la última en enterarse», y ahí estaba el error de las comentaristas: en creer que operaban sobre un mar de ignorancia que era un espejismo, hasta que se les rompían las alas y terminaban chapoteando en aguas reales y turbulentas y saladas. Agua maldita, de la que no apaga la sed.

Patagonia maldita, belleza del diablo. Su angustia y perplejidad crecían a medida que pasaba el tiempo. Como toda ama de casa, de aquella época y de todas, Delia era muy apegada a los horarios, de los que era esclava creyendo ser su ama. Y aquí parecía como si los horarios no existieran, directamente. El día continuaba. En realidad la asustaba un poco. Parecían estar sucediendo raros fenómenos atmosféricos: un telón de nubes se había levantado del horizonte, y en lo alto del cielo tenían lugar desordenados movimientos... Mientras que en la superficie reinaba una calma asombrosa. Eso ya era extraño, amenazante. Y sumada la persistencia de la luz, se hacía escalofriante para la náufraga. No podía creer que le estuviera sucediendo a ella. No podía, y ya casi no lo intentaba; pero de todos modos sentía que había pasado, o estaba pasando, al registro de la creencia, y dejaba atrás el de la realidad lisa y llana, su vida de horarios.

¿Adónde estaré? se preguntaba.

La creencia tenía un nombre: la Patagonia.

La circunstancia hizo práctica a Delia. ¡Adiós a sus filosofías funerarias, a sus fantasías de ama de casa de negro! De pronto hubo asuntos más urgentes que resolver. El simple hecho de estar viva y no muerta tenía consecuencias insospechadas. ¡Qué simples son las causas, qué complicados los efectos!

Tenía que encontrar alojamiento. Un lugar donde pasar la noche. Porque la noche, que no llegaba, no tardaría en llegar. Y entonces sí que sería el bailar. Mucho más de lo que se imaginaba, aunque era justamente lo que se estaba imaginando: una noche sin luna, sin luz, en la que todo se transformaría en horrores... Eso era lo que estaba más allá de la imaginación: la materia de las transformaciones. Porque no veía nada a su alrededor susceptible de volverse otra cosa, ni un árbol, ni una roca... ¿Las nubes? No concebía que se le pudiera tener miedo a una nube. En cuanto al aire, no era susceptible de tomar formas.

Pero de todos modos, había cosas. No estaba en el éter. La luz mortecina del crepúsculo ultra postrero estaba ahí mostrándole millones de objetos, pastos, cardos, guijarros, terrones, hormigueros, huesos, caparzones de tatús, pájaros muertos, plumas sueltas, hormigas, escarabajos...

Y la gran meseta gris.

Lo que Delia ignoraba, en aquel crepúsculo perenne, es que había una noche en esta historia suya. Lo ignoraba porque la había pasado en coma dentro de los restos del Chrysler aplastado contra el camión-planeta.

Ramón Siffoni, su marido, había corrido toda la noche en su camioncito rojo sin darse un minuto de descanso. Ni siquiera pensó en detenerse a dormir un rato, todo lo contrario. Vio salir la luna frente a él, un disco anaranjado chorreando luz, y se sintió el dueño de las horas y las noches, de todas sin excepciones ni blancos, en un continuo perfecto. Su concentración al volante era perfecta también. La noche había llegado en esta concentración, mientras el camioncito atravesaba como un juguete los pueblos que se dormían. De pronto era el desierto, y de pronto era de noche. Los

pueblos se volvieron unas conformaciones confusas de piedras, de las que irradiaba oscuridad. Las ciudades salían de la tierra. No eran ciudades: nadie vivía en ellas. Pero se parecían a las ciudades como una gota de agua se parece a otra. Que no hubiera nadie sólo significaba que nadie debía orientarse en sus vericuetos. En sus calles corría una orientación general abstracta, como el mapa de la luna. Fue cuando atravesó el Río Colorado que salió la luna, sobre el puente, y Ramón se puso alucinado, los ojos como dos estrellas. Una gran meseta que no conocía se había interpuesto entre él y el horizonte, tomando el lugar de su concentración. Allí no había nada.

Sin que él lo supiera, tuvo lugar entonces un fenómeno no registrado, pero muy común en la Patagonia: las mareas de atmósfera. La luna llena, ejerciendo toda la fuerza de atracción de su masa sobre el paisaje, levanta átomos dormidos en la tierra y los hace ondular en el aire. No sólo átomos, que sería lo de menos, sino también sus partículas, entre ellas las de la luz y las intrincadísimas de la disposición.

Quizás la marea de esa noche tuvo algún efecto sobre el cerebro de Siffoni, quizás no, nunca se sabrá. Sobre el camión, tuvo la consecuencia curiosa de desprenderle el color, el rojo ya medio desteñido con el que había salido de fábrica, cuarenta años atrás, pero que brillaba tanto en los amaneceres de verano, cuando cantaban los pájaros. Y también el color que había bajo la pintura. Se volvió transparente, aunque no había nadie para verlo.

Cuando, horas después, Ramón miró por el espejo retrovisor, vio un autito celeste corriendo un kilómetro atrás de él. El polvo se había vuelto transparente también. La presencia allí de ese vehículo pequeñísimo lo llenó de extrañeza. Por el hilo de la extrañeza, se sintió perseguido. Al rato, seguían a la misma distancia. No parecía difícil sacárselo de encima; nunca había visto un auto tan diminuto, pero no creía que tuviera mucho motor. Aceleró. Habría creído imposible poder hacerlo, porque venía apretando a fondo el acelerador, pero de todos modos el camión aumentó la velocidad, y mucho. Se escapó hacia adelante, el camioncito de cristal, como una flecha disparada del arco.

Aquí hago un paréntesis. Porque, pensándolo bien, la luna sí tuvo un efecto sobre Ramón. Fue que se vio como marido. Era un marido como tantos, regularmente bueno, normal, más o menos. Pero lo que vio fue que esta condición en la que él se encontraba con tanta comodidad descansaba por entero en un razonamiento, el de que «podría ser peor». En efecto, hay maridos que les pegan a sus esposas, o se degradan de este modo o de aquel, avergonzándolas, o les hacen toda clase de canalladas, en general muy visibles (nada es más visible para el que contempla un matrimonio), todo lo cual culmina en el abandono: hay maridos que se van, que se esfuman, muchísimos. De modo que si el marido permanece, y persiste en sus infamias, aun así «podría ser peor». Podría irse. Pero las mujeres no son tan idiotas como para conformarse con eso; porque evidentemente «mejor sola que mal acompañada», ya que hay situaciones límite en las que liberarse de un marido monstruo es mejor que

conservarlo. En realidad el «podría ser peor» es muy flexible, y hasta muy exigente; la menor falla desacredita a un marido a los ojos de su mujer. «Podría ser peor...» sólo si uno es casi perfecto, si sus faltas son veniales, de tipo humorístico (por ejemplo si no se sube unos centímetros los pantalones al sentarse, y a la larga la tela se estira en las rodillas). Muy bien, así se establece una jerarquía: hay tipos que son monstruos y le hacen un infierno la vida a su esposa, por ejemplo si son borrachos; y hay otros que no, y si uno está en esta última categoría puede permitirse el lujo de mirar retrospectivamente sus pequeños (y grandes) defectos, sentado en el sillón del *living* leyendo el diario, mientras la esposa prepara la cena, y sentirse muy seguro de sí. Tan seguro que de pronto se abre ante él, como una flor maravillosa, el mundo de los vicios que podría, que puede, practicar con impunidad gracias a su condición de buen marido, de buen padre de familia. La vida se lo permite, a él y a nadie más que a él. ¿No sería una pena, un crimen, desaprovechar semejante oportunidad? El espectro de las canalladas es su escala de Jacob; cada peldaño tendrá su dialéctica sutil de «podría ser peor», y la vida no le alcanzará para llegar a la cima, al monstruo.

Pues bien, Ramón Siffoni tenía un vicio. Era jugador. El matrimonio lo había hecho jugador, pero también el juego lo había hecho un hombre casado. Jugaba desde mucho antes de casarse, desde su primera juventud, pero en el caso del juego, como en el de todos los vicios, no se trataba tanto de haber empezado como de seguir. Él era incorregible. Lo suyo era definitivo. Era la marca de su vida, el estigma. Se jugaba todo, la plata que ganaba, y la que ganaba su mujer también, en forma de deudas impostergables, los enseres, la casa (por suerte alquilaban), el camión. Siempre estaba en cero, pelado, y a partir de ahí se hundía, a profundidades vertiginosas. Siempre perdía, como todos los jugadores de verdad. Era un milagro que sobrevivieran, que se alimentaran y vistieran y pagaran las cuentas y criaran a su hijo. El secreto debía de estar en que a veces, por casualidad, ganaba, y con esa imprudencia maravillosa de los jugadores, que nunca piensan en el mañana, se gastaba toda la ganancia, hasta el último centavo, en ponerse al día y seguir adelante; de modo que el mismo gesto de imprevisión que por las noches actuaba en contra de la familia, de día actuaba a favor. Más milagroso, mucho más, era que no se supiera en el barrio, en el pueblo (todo Pringles era un barrio, y la información circulaba rápido como un cuerpo en caída libre). Por supuesto que actividades de ese tipo se llevan a cabo con cierta discreción; pero aun así, es inconcebible que no se haya sabido, que no lo haya sabido mi mamá, íntima de Delia. Porque, aunque discreto y nocturno, era un pasatiempo por demás sujeto a indiscreciones. Y había venido sucediendo durante años, y seguiría, décadas, antes y después (¿antes y después de qué?). Y, sobre todo, habría bastado muy poco, un dato cualquiera, una ínfima brizna de información, para sacar conclusiones, para explicárselo todo... Y aun así, se supo, pero muchísimos años después (claro que se supo, de otro modo no estaría escribiendo esto), yo ya no vivía en Pringles, un día, no sé bien cuándo, en uno de mis viajes, mamá lo sabía, lo sabía muy bien, estaba cansada de saberlo, ¿cómo se

explicarían sin ese dato las vicisitudes de la familia Siffoni, su *status quo*? ¿Cómo se habrían explicado desde el principio, desde nuestra prehistoria en el barrio? Eso es lo que me pregunto yo: ¿cómo? ¡Si nadie lo sabía!

Las apuestas siempre suben. La luna subía... Pero no subía, como no lo hace tampoco el sol; ese ascenso es una ilusión creada por el giro de la tierra... En el cénit de la apuesta, Ramón Siffoni, el hombre-luna, que por la mera gravitación de su masa hacía subir las mareas de dinero, pondría sobre el tapete, o la había puesto ya, la apuesta suprema: su matrimonio.

Cuando volvió a mirar por el espejito, el pequeño auto celeste seguía tras él, clavado a un kilómetro de distancia. Ramón acentuó la sospecha de que lo estaban siguiendo. ¿Qué hacer? Acelerar más era inútil, y podía ser contraproducente. Levantó el pie del acelerador y dejó que la velocidad cayera por sí sola; siempre lo hacía, era algo automático. De cien disminuyó a noventa, ochenta, setenta... sesenta... cincuenta, cuarenta, treinta... ¡Dios mío! Era peor que una frenada en seco. El paisaje lunar de la meseta había venido huyendo hacia atrás, y ahora huía hacia adelante, el polvo transparente que se levantaba del camino de tierra lo envolvía como una plata fluida... Era casi como avanzar y retroceder en las dimensiones, no en la meseta. Pero cuando echó otra mirada al espejito, ahí estaba el kilómetro, el ratón celeste...

Volvió a acelerar, como un loco: treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta... ochenta... noventa, cien, ciento diez, ciento veinte... La transparencia tenía dificultades en seguirlo, la luna saltaba... El camión atravesaba su propia estela, su propia dirección...

Cuando volvió a mirar el espejito... No podía creerlo. Pero debía rendirse a la evidencia. El autito estaba allí, siempre a la misma distancia, al mismo kilómetro, que además era el mismo, no otro equivalente. Resolvió volver a disminuir la velocidad, pero esta vez tan bruscamente que su perseguidor no tuviera más remedio que superarlo. Así lo hizo: cien, noventa, ochenta, setenta, sesenta, cincuenta, cuarenta... treinta... veinte, diez, cero, menos diez, menos veinte, menos treinta... Nunca antes había hecho eso. Los torbellinos de la luna lo envolvían.

Y sin embargo, cuando miró en el espejo retrovisor, para su inmensa sorpresa, allí estaba el autito celeste, y el kilómetro que los separaba. Aceleró. Desaceleró. Etc. Si al principio no había podido creerlo, ahora, al cabo de un par de horas de carrera en los dos sentidos, lo podía menos. Lo que más le intrigaba, en sus periódicas inspecciones al espejo retrovisor (que era externo, de los que se asoman, sostenidos por un brazo metálico, al costado de la cabina) era que el autito celeste brillara tanto, y que mantuviera su posición como suspendida en el camino, como flotando encima de los pozos mientras él saltaba a más y mejor, y sobre todo la distancia que se mantenía idéntica... demasiado idéntica... Sin disminuir ni aumentar la velocidad, que a esa altura de las alternancias ya no sabía de qué lado del exceso estaba, hizo girar con la mano izquierda la manija del vidrio de la ventanilla. Cuando estuvo bajo,

con los ojos entrecerrados por el viento que entraba, sacó la mano y llevó la punta de los dedos índice y pulgar, delicadamente en la medida en que se lo permitían los saltos del camión, a la superficie oval del espejito, y arrancó... ¡arrancó el autito celeste! Como si fuera una pequeña calcomanía pegada allí... Se la llevó a los ojos, ladeando un poco la cabeza para verla a la luz de la luna... Era un ala de mariposa, de un cobalto metalizado, la luna le arrancaba ese brillo que se lo había hecho tan patente... Se maravillaba de haber sido presa de una ilusión tan barroca, sólo a él podía pasarle... Porque además, un ala de mariposa puede pegarse a una parte u otra de un vehículo en movimiento, de hecho pasa todo el tiempo durante una travesía, ¡pero las mariposas se estrellan contra las partes del vehículo que van rompiendo el aire, por ejemplo el parabrisas o el radiador! ¡Y el espejito miraba hacia atrás! La única explicación era que en alguna de las recientes desaceleraciones la mariposa hubiera quedado atrapada en el cambio de velocidades relativas, y se hubiera estrellado desde atrás. Apartó los dedos, dejó que el viento se llevara ese centímetro de ala celeste, levantó el vidrio y no volvió a mirar el espejo.

Si lo hubiera hecho, le habría sorprendido ver que el autito seguía allí, donde antes estaba su silueta recortada en ala de mariposa. Dentro del autito iba Silvia Balero, la profesora de dibujo, loca de angustia y medio dormida. Había visto desaparecer ante sus ojos al camión rojo de Siffoni, al que seguía como el último hilo que la unía con su vestido de novia, con su costurera. El momento en que la marea de atmósfera hizo invisible el camión la sorprendió en malas condiciones. Porque era, como todas las candidatas a solterona, muy dependiente de sus biorritmos, y después de las doce de la noche ella siempre, siempre, dormía. Nunca en su vida se había pasado. La noche era una incógnita para este ser diurno, impresionista. De modo que a la medianoche, que fue por rara coincidencia el momento en que la luna actuó sobre el camión, ella se puso en piloto automático, igual que una sonámbula. Como en una pesadilla, sintió la desesperación de que la presa se desvaneciera ante sus ojos. En su estado, ese escamoteo representaba el de toda la realidad.

—Tengo hambre —pensó Ramón Siffoni, que no había cenado. Un poco más allá, vio una especie de pequeña montaña bajo la luna, y en su cima un hotel. A pesar de la hora se veían luces en las ventanas de la planta baja, y pensó que no era descabellado que hubiera un comedor. La suposición se hizo mucho más verosímil al ver, ya cuando subía, que frente al hotel había estacionados varios camiones. Todo viajero en la Argentina sabe que donde paran los camioneros se come bien: con más razón entonces, se come.

Cuando echó pie a tierra, una mujer se dirigió hacia él, aunque a la vez parecía huir de él. No se fijó bien, porque le llamó la atención el autito celeste del que ella se había apeado.

Silvia Balero notó que no la reconocía, aunque él le abría la puerta en sus cotidianas visitas a la costurera. Todas las mujeres debían de parecerle iguales. Era esa clase de hombre.

—Disculpe que lo moleste, no sé qué pensará usted de mí, pero ¿puedo pedirle un favor?

Siffoni la miraba con gesto que parecía maleducado pero en realidad era de intriga, porque le resultaba conocida, y no sabía de dónde.

—¿Podría acompañarme adentro? Quiero decir, como si fuéramos colegas, viajantes. Ya que usted va a alojarse aquí... Me da inquietud entrar sola.

Al fin él reaccionó, y partió rumbo a la puerta:

—No. Voy a cenar nada más.

—¡Yo también! ¡Después sigo viaje!

Se preguntaba: «¿Dónde habrá dejado el camión? Pareció como si bajara del aire vacío.»

Pero la entrada estaba cerrada; entre unas cortinillas se veía el *lobby* oscuro y desierto. Ramón dio unos pasos a lo largo de la fachada, con la mujer atrás. Las ventanas de un salón que bien podía ser el comedor también mostraban al otro lado un espacio negro, pero de algún lado llegaban hasta él unas rayas de luz humosa. Ramón Siffoni retrocedió unos metros. Desde el camino había visto luces encendidas, pero ahora no sabía de qué lado. Trataba de hacerse cargo de la estructura del edificio. No podía concentrarse por la perplejidad que le causaba la compañía: a la luz de la luna, la mujer no parecía muy lúcida. ¿Estaría borracha, sería una loca? Esa clase de hombres siempre está pensando lo peor de las mujeres, justamente porque todas les parecen la misma.

Las dificultades que encontraba se debían a que el plano del hotel era realmente ininteligible, porque se trataba de un establecimiento termal cuya planta se había adaptado a la conformación de los agujeros manantes de la tierra, de las rocas; estas últimas no podían quitarse porque eran tapones.

Pero al fin, dando la vuelta a una esquina en picada, se vio frente a una ventana con luz, y pudo ver adentro. Su sorpresa fue mayúscula (pero su sorpresa siempre era enorme cuando miraba algo esta noche) al encontrarse ante una escena que conocía demasiado bien: la mesa de póker. Ahora, de pronto, recordaba haber oído hablar de ese hotel, parada obligada de todos los jugadores que se dirigían al sur, contrabandistas, camioneros, aviadores... Un viejo hotel termal, de clientela extinta, garito legendario. Nunca había pensado que llegaría a conocerlo un día, o una noche.

Ante ese espectáculo se abstrajo de todo, hasta de la mujer que se empinaba a sus espaldas para ver. Los hombres, los naipes, las fichas, los vasos de *whisky*... Pero no se abstrajo de todo en absoluto; hubo una cosa que advirtió. Uno de los jugadores era de Pringles, y él lo conocía muy bien, no sólo por ser vecino. Era el llamado Chiquito, el camionero. Fue todo verlo, y comprender que el viaje no había sido en vano, o al menos que no había tomado la dirección equivocada. Si obtenía lo que se proponía de él, no necesitaría seguir adelante. Sabía bien cómo llegar a una mesa de juego, aunque todas las puertas estuvieran cerradas. Sus movimientos se hicieron seguros, y Silvia Balero lo notó. Fue tras él. Ramón dio unos golpes en la ventana, y

después en la puerta más próxima. Antes de que vinieran a abrirle, buscó en el bolsillo de la camisa y sacó un antifaz negro. Lo tenía allí desde hacía un tiempo, y no había supuesto que la ocasión de usarlo llegaría tan de pronto. Se lo puso (tenía un elástico que se ajustaba en la nuca). En aquel entonces era frecuente, como lo es ahora, que los jugadores en los garitos oculten su identidad con antifaces. De modo que al portero del hotel que vino a abrirle le bastó verlo para saber qué quería. Entraron. Silvia Balero le tiró de la manga.

—¿Qué quiere? —dijo él de mal modo, sin poder creer en la inoportunidad de una desconocida que le pedía atención cuando él iba a hacer la apuesta de su vida.

Ella quería un lugar donde dormir. En realidad ya estaba medio dormida, sonámbula.

Sin responderle, Ramón le señaló al portero que los guiaba, pero éste dijo que debían hablar con el dueño del hotel, que estaba justamente sentado a la mesa de juego. Así lo hicieron. Los presentes echaron una mirada apreciativa a la joven profesora, y el hotelero la llevó a una habitación no muy lejos de donde estaban, y volvió. El recién llegado ya tenía su lugar, le habían recitado las reglas, y pedía fichas a crédito. Incluido el patrón, eran cinco. El portero miraba. Dos eran camioneros, el Chiquito y otro tipo de mal aspecto; los dos restantes eran estancieros de la zona, ganaderos, muy solventes. El Chiquito había ganado mucho. A esa hora, ya jugaban por millares de ovejas o montañas enteras.

Para qué detenerse en la descripción de un juego, igual a cualquier otro. Dama, Rey, Dos, etc. Ramón perdió sucesivamente su camión, el autito celeste, y a Silvia Balero. Lo único que le quedaba era pagar los dos *whiskys* que había tomado. Dejó caer las cartas sobre la alfombra, con los ojos entrecerrados en el fondo del antifaz, y preguntó:

—¿Dónde está el baño?

Se lo indicaron. Fue, y se escapó por la ventana. Corrió hacia donde había dejado el camión, sacando las llaves del bolsillo... Pero cuando llegó al sitio, entre los demás camiones, todos ellos grandes y modernos (y el del Chiquito, que él conocía bien, con una extraña máquina negra pegada a la pared posterior del acoplado; no se detuvo a ver qué era), allí en la explanada, no lo encontró. Creía soñar. La luna había desaparecido también, sólo quedaba un resplandor incierto entre la tierra y el cielo. Su camión no estaba. Cuando lo había apostado, el segundo camionero, que fue el que se lo ganó, había salido a verlo, y al volver había aceptado la apuesta contra diez mil ovejas, cosa que sorprendió un poco a Siffoni. ¿Lo habría cambiado de lugar en esa ocasión? Imposible, sin las llaves, que no habían salido de su bolsillo. De cualquier modo no podía buscarlo mucho, porque era inminente que advirtieran su escape... Intentó meterse en el autito celeste, pero no cabía: era un hombre corpulento. Oyó, o creyó oír, un portazo... El pánico lo desconcertó por un momento, y ya estaba corriendo a campo traviesa, en cualquier dirección, bajando de la montaña a la meseta, mientras amanecía, a una hora imposible de temprano.

Silvia Balero, de quien los jugadores ignoraban que llevaba un hijo en su seno (de saberlo, lo habrían apostado también) quedó entonces en posesión legal del Chiquito, sin saberlo, profundamente dormida. En cierto momento de esa noche las canillas en el baño de su habitación se abrieron automáticamente, y la tina comenzó a llenarse de agua hirviente de color rojo, que giraba todo el tiempo sobre sí misma y desprendía un vapor también rojo, hirviente, sulfuroso.

Cuando el Chiquito se levantó de la mesa de juego, de la que había sido el único ganador, hizo una recorrida por el hotel (que también había pasado a ser de su propiedad) con paso tambaleante, no por la bebida, que nunca lo afectaba, ni por las muchas horas de inmovilidad, a las que estaba habituado por su profesión, sino por el puro gusto de tambalearse, por coquetería de bruto. Todo era de él; a eso también estaba habituado porque siempre ganaba. Era el jugador más afortunado del universo, y se había tejido una leyenda, sobre él, una leyenda y un gran enigma (¿para qué seguía trabajando?). Desde hacía años estaba en la mira de los jugadores de Pringles, que se habían propuesto, cada uno por su lado, ganarle una partida a los naipes; sabían que uno solo lo lograría, una sola vez, y ese acontecimiento, si llegaba, sería un triunfo muy grande sobre la suerte. Él no lo sabía, y si lo hubiera sabido no se habría preocupado en lo más mínimo. Al contrario, lo habría hecho reír a carcajadas.

Cruzó el *lobby* oscuro mirando a su alrededor con ojos turbios. Todo era suyo, como tantas veces lo había sido, como siempre. Y no había nada que no fuera suyo, porque no había pasajeros alojados en el hotel... Un momento: sí había alguien, una bella desconocida... que también era suya, porque se la había ganado al hombre del antifaz. Partió en su busca, sin tambaleos. Fue abriendo las puertas de los cuartos, todos vacíos, hasta dar con el de Silvia Balero. Estaba profundamente dormida, en medio de una niebla rojiza. La estuvo mirando un rato... Después fue al baño, y estuvo mirando un rato el agua roja que hervía en la tina. Al fin se desnudó y se sumergió. Nadie habría resistido esa temperatura, pero a él no le hizo nada. El corazón casi dejó de latirle, sus ojos se entrecerraron, la boca se le abrió en una mueca estúpida.

El paso siguiente, fue violar a la dormida. No advirtió que estaba encinta; creyó que era panzona, como tantas mujeres en el sur argentino. El resultado fue que unos deditos celestes allá adentro se asieron de su miembro como de una manija, y cuando lo retiró, intrigado, sacó a la rastra un feto peludo y fosforescente, feo y deforme como un demonio, que con sus chillidos despertó a Silvia Balero y los obligó a huir, dejándolo dueño de la escena.

Fue así como vino al mundo el Monstruo.

Días de ocio en la Patagonia...

Días de turista en París...

La vida lleva a la gente a toda clase de lugares lejanos, y por lo general termina llevándolos a los más lejanos de todos, a los extremos, porque no hay motivo para frenar su empuje a medio camino. Más allá, siempre más allá... hasta que deja de

haber más allá, y entonces los hombres rebotan, y quedan expuestos a un clima, a una luz... El recuerdo es una miniatura lumínica, como el holograma de la princesa, en aquella película, que transportaba en sus circuitos el robot fiel, de galaxia en galaxia. La tristeza inherente al recuerdo proviene de que su objeto es el olvido. Todo el movimiento, la gran línea, el viaje, es un arrebató de olvido, que se curva en la burbuja del recuerdo. El recuerdo es siempre portátil, siempre está en manos de un autómatá vagabundo.

El mundo, la vida, el amor, el trabajo: vientos. Grandes trenes cristalinos que pasan pitando por el cielo. El mundo está envuelto en vientos que van y vienen... Pero no es tan simple, tan simétrico. Los vientos de verdad, las masas de aire que se desplazan entre diferencias de presión, terminan volviéndose siempre para el mismo lado, y se reúnen en los cielos argentinos; vientos grandes y pequeños, los vientos cosmopolitas y oceánicos tanto como los diminutos soplos de jardín: un embudo de las estrellas los reúne a todos, adornados con sus velocidades y direcciones como cintas en los peinados, y van a parar a esa región privilegiada de la atmósfera que es la Patagonia. Es por eso que allí las nubes son lo momentáneo por excelencia, como decía Leibniz que eran las cosas («las cosas son mentes momentáneas»: una silla es exactamente como un hombre que viviera un solo instante). Las nubes patagónicas acogen y acomodan todas las transformaciones dentro de un solo instante, todas sin excepción. Por eso el instante, que en cualquier parte es seco y fijo como un clic, en la Patagonia es fluido, misterioso, novelesco. Darwin lo llamó: la Evolución. Hudson: la Atención.

No estoy hablando en metáforas patrióticas. Esto es real.

Viajar es real. Abrir la puerta de todos los miedos es real, aunque no lo sea lo que hubo antes ni lo que viene después, ni los motivos ni las consecuencias. En realidad no acierto a explicarme cómo es que la gente puede tomar la decisión de viajar. Quizás me convendría estudiar la obra de esos poetas japoneses que se trasladaban de paisaje en paisaje encontrando temas para sus composiciones algo incoherentes. Quizás ahí está la explicación. «A la mañana siguiente el cielo estaba muy claro, y en el preciso momento en que el sol alcanzaba su mayor brillo, salimos en el bote por la bahía.» (Basho)

Los cielos de la Patagonia están siempre limpios. Allí se reúnen los vientos, en una gran feria de transformaciones invisibles. Es como decir que allí sucede todo, y el resto del mundo se disuelve en la lejanía, inoperante, la China, Polonia, Egipto... París, la miniatura lumínica. Todo. Sólo queda ese espacio radiante, la Argentina, hermosa como un paraíso.

¿Cómo viajar? ¿Cómo vivir en otra parte? ¿No sería una locura, una autoaniquilación? No ser argentino es precipitarse en la nada, y eso a nadie le gusta.

Y en plena transparencia... Quiero anotar una idea, aunque no tiene nada que ver, antes de que me la olvide: ¿no será que los ideogramas chinos fueron pensados originalmente para ser escritos en vidrio, para poder leerlos del otro lado? Quizás de

ahí proviene todo el malentendido.

Y en plena transparencia, decía... un vestido de novia. ¿Una nube? No. Un vestido blanco, claro que sin forma de vestido, o mejor dicho: sin forma humana, la que toma puesto en su dueña o en un maniquí, sino en su forma auténtica, la forma pura de vestido, que nadie tiene la ocasión de ver nunca, porque no es cuestión de verlo hecho un montón de tela tirado sobre una mesa o una silla. Eso es informe. La forma del vestido es una transformación continua, ilimitada.

Y era el vestido de novia más bello y complicado que se hubiera hecho nunca, un desplegarse de todos los pliegues blancos, maqueta blanda de un universo de blancuras. A diez mil metros de altura, volando con lo que parecía una majestuosa lentitud aunque debía de ir muy rápido (no había punto de referencia, en ese abismo celeste de puro día). Y cambiando de forma sin cesar, siempre, macrocisme, abriendo alas nuevas, nunca las mismas, la cola de catorce metros, hiperespuma, cadáver exquisito, bandera de mi patria.

¡Han pasado tantos años que ya debe de ser martes!

Había dejado a Delia errando en el crepúsculo desolado. Al cabo de varias horas de paseo incierto, empezaba a preguntarse dónde pasaría la noche. Se sentía perdida, suspendida en un cansancio inhumano. Un poco más, muy poco, y estaría caminando como una autómatas, como una loca. Ya ahora daba lo mismo el rumbo en el que iba; si hubiera una visión cualquiera, por cualquier lado, iría hacia allí. Lo que la alarmaba era sentirse en el extremo del interés; cuando saliera al otro lado ya no cambiaría más de dirección. La noche se le antojaba esa especie de desierto uniforme que entraría en ella, y la llenaba de pavor. ¡Una casa, un techo, una cueva, un quincho...! ¡Un rancho abandonado, una tapera, un galpón...! Sabía que aun del fondo de la fatiga podía sacar ánimo para hacer habitable por una noche cualquier ambiente, hasta el más deplorable... Se veía barriéndolo, poniendo orden, haciendo la cama, lavando las cortinas... Eran fantasías absurdas, pero la consolaban un poco, al tiempo que su desamparo seguía creciendo porque la meseta se extendía más y más, y el horizonte desplegaba una nueva franja en blanco, y otra... ¿Tenía sentido seguir?

La noche prácticamente había caído. Lo único que faltaba era que oscureciera. Cada momento parecía el último para ver el signo salvador. Y en uno de ellos, al fin, vio algo: dos paralelogramos largos y bajos posados en el fondo de la distancia, como dos guiones. Fue hacia ellos con alas en los pies, sintiendo todo el dolor del cansancio enroscándose en sus venas. Fue entonces que oscureció (debía ser medianoche) y el cielo se llenó de estrellas.

Ya no veía su objetivo, pero igual lo veía. Se apuró. No le importaba si corría hacia su perdición. ¡Había tantas perdiciones! Nunca había estado extraviada en la oscuridad, precipitándose hacia la primera forma vista con la última luz a mendigar refugio y consuelo... pero alguna vez tenía que ser la primera. No le importaba nada

más.

Delia era una mujer joven; apenas si pasaba de los treinta años. Era pequeña, fuerte, bien formada. No es un mero recurso literario decirlo sólo ahora. Para nosotros los chicos (yo era el mejor amigo de su hijo de once años), era una señora, una de las madres, una vieja fea y amenazante... Pero había otras perspectivas. Es el punto de vista infantil el que hace parecer ridículas a las mujeres; más exactamente, las hace parecer travestis, y por ello un tanto cómicas, como artefactos sociales cuya única finalidad, una vez que la perspectiva infantil se desplaza un poco, es hacer reír. Y sin embargo, son mujeres de verdad, sexuadas, deseables, hermosas... Delia era una. Ahora, escribiendo esto, debo hacer la reconversión, y no es fácil. Es como si toda mi vida se agotara en el esfuerzo, y no quedara hombre alguno con la lapicera en la mano, sino un fantasma...: Ya al decir «Delia era una» estoy falseando las cosas, afantasmándolas. No, Delia no es la miniatura lumínica en el archivo de ningún proyector de imágenes. Dije que era una mujer de verdad, y a mis palabras me remito... a algunas por lo menos... a las palabras antes de que hagan frases, cuando todavía son puro presente.

De pronto vio alzarse frente a ella los rectángulos enormes, como muros negros que le bloquearan misericordiosamente el paso. Durante gran parte de los últimos cien metros creyó que eran paredes, pero al llegar reconoció su error: era un camión, uno de esos gigantescos camiones con acoplado como el que estacionaba en la cuadra de su casa, el del Chiquito... Tan alterada estaba que no se le ocurrió ni por un instante que pudiera ser el mismo (como lo era en realidad), con lo que su busca habría terminado...

Tenía las luces apagadas, estaba oscuro y silencioso, como una formación natural emergida de la meseta. Sus treinta ruedas, altas como Delia, hinchadas de atmósferas negras, se apoyaban en la tierra perfectamente nivelada. Debía de ser eso lo que le daba la apariencia de edificio.

La náufraga marchó hacia la parte delantera, y al llegar a la cabina le dio la vuelta mirándola con cautela, empinándose para ver adentro. El parabrisas, del tamaño de una pantalla de cine, cubría la mitad superior de la trompa chata. En el vidrio se reflejaban las constelaciones, y además se había estrellado en él una colección de mariposas que el conductor no se había tomado el trabajo de limpiar. Los pedacitos de ala, celestes, anaranjados, amarillos, todos con un brillo metálico que concentraba la luz del firmamento, habían quedado pegados por su gel fosforescente, recortados en formas caprichosas en las que Delia, aun en su distracción, reconoció corderos, autitos, árboles, perfiles y hasta mariposas.

Adentro no se veía nadie, pero eso no la asombró. Sabía que los camioneros, cuando estacionaban de noche para dormir, se acostaban en un pequeño apartamento que tenían detrás de la cabina, a veces con capacidad para dos personas o más. Al parecer se las arreglaban para estar bastante a sus anchas. Nunca había visto uno, pero le habían contado. Omar, su hijo, le había contado de las comodidades

personales que tenía el Chiquito en su camión, sobre el que siempre estábamos trepados jugando. Aun haciendo la deducción correspondiente a la fantasía y la relación de dimensiones de un niño, ella le había creído, porque otros se lo habían confirmado y además era razonable. Estaba segura de que este camión nocturno, tan grande y moderno, no sería menos que el de su barrio (no sabía que eran el mismo).

Fue a la portezuela del lado del conductor y golpeó. Esperó un ratito, y como no hubo respuesta volvió a golpear. Esperó. Nada. Volvió a golpear. Toc toc. Nadie respondía. El camionero no se despertaba. Pero... ¡qué olor a huevo frito! Delia no probaba bocado hacía una enorme cantidad de horas, así que más que sorprenderla, ese aroma incongruente la puso fuera de sí de indignación contra su hado burlón y le dio ánimo para volver a golpear la puerta. «Yo entro», se dijo al ver que persistía el silencio. Aun así, esperó un poco, y volvió a golpear. Era inútil. Golpeó una vez más, ya sin esperanzas, y se quedó un minuto más atenta, expectante. Volvió a sentir el olor. Le resultaba obvio que provenía de adentro del camión, el camionero debía de estar haciéndose la cena. ¡Y ella afuera, muerta de hambre y cansancio, a cientos de leguas de su casa! «Yo me meto, qué me importa», pensó, pero, por un resto de cortesía, volvió a golpear tres veces con los nudillos en la chapa sólida de la puerta, que parecía fierro. Esperó a ver si por casualidad esta vez la oía, pero no fue así.

Entrar, aun tomada la decisión, no era tan fácil. Esos camiones parecían hechos para gigantes. La puerta estaba altísima. Pero tenía una especie de estribo, y desde allí alcanzó a asir la manija. Aunque no estaba puesta la traba, accionar ese picaporte hidráulico exigía una fuerza casi sobrehumana. Terminó colgándose de él con todo su peso, y así pudo. La puerta de un camión, como la de cualquier vehículo, a la inversa de la de una casa, se abre hacia afuera. Y ésta se abrió toda, acogedora, pero se llevó a Delia en su arco... El estribo desapareció bajo sus pies y quedó balanceándose colgada de la manija, a dos metros del suelo. No podía creer que estuviera haciendo esas piruetas, como una niña traviesa. «¿Y ahora qué hago?» se preguntó con alarma. Aquello no parecía tener solución. Podía dejarse caer, confiando en no romperse una pierna, y después volver a subir por el estribo. En ese caso no veía cómo podría volver a cerrar la puerta, aunque eso era lo de menos. Sea como fuera, lo hizo al modo difícil: estiró una pierna en el aire hasta tocar la pared de la caja, se impulsó con fuerza cerrando la puerta, y sin dejar que ésta hiciera contacto, en el momento justo soltó la manija y se aferró de un manotón al espejo retrovisor. Así colgada logró meter el cuerpo por la abertura hasta poner un pie en el interior y con una segunda acrobacia arriesgada soltó definitivamente la manija y se asió del volante. Este no era tan firme como sus apoyos anteriores; giró, y Delia, sorprendida, quedó horizontal de pronto, y en el apuro abrió las dos manos y se las llevó a la cara. Por suerte cayó adentro, en el piso de la cabina, pero la cabeza quedó colgando afuera, y la puerta, en el último vaivén, se le venía encima... La habría decapitado limpiamente si una fuerza desconocida no la detenía a un milímetro del cuello. El borde metálico afiladísimo se alejó blandamente y Delia sacó la cabeza sin esperar a que volviera. Se

movió, en extremo incómoda, tratando de subir al asiento. Tan grande era el espacio, o tan pequeña ella, que pudo ponerse de pie, de espaldas al parabrisas.

Quiso dar media vuelta y sentarse a esperar que su corazón se calmara, pero no pudo hacerlo. Con terror sintió una presión de acero que le rodeaba la cintura y no la dejaba moverse. Si se hubiera desmayado, y faltó poco por el espanto que la embargaba, habría quedado de pie sostenida por ese anillo impiadoso. Y no era una ilusión, ni un calambre, porque se llevó las dos manos a la cintura y sintió esa especie de víbora rígida, durísima y muy suave al tacto, que la rodeaba como un cinturón demencial. No gritaba porque no le salía la voz, no porque tuviera la boca cerrada. Podía girar a la derecha y a la izquierda, pero siempre en el mismo lugar; eso no cedía ni un milímetro, aunque curiosamente aceptaba girar un cuarto de círculo con ella cada vez que lo intentaba. Tardó unos agonizantes segundos en comprender que al ponerse de pie había metido el cuerpo por dentro del volante, que ahora tenía a la cintura.

Salió por arriba, y se dejó caer en el asiento, que olía a cuero y grasa, jadeando enroscada, preguntándose por milésima vez por qué le tenían que pasar cosas tan desagradables. Se habría dormido, tan agotada estaba, de no ser por el olor a fritura, que aquí adentro, sólo ahora lo advertía, se había intensificado.

Le llevó un rato calmarse y volver a considerar su situación. Había quedado de cara al parabrisas, y lo que vio por él le hizo levantar la cabeza. Tenía frente a ella la maravillosa Patagonia nocturna, entera e ilimitada. Era una meseta blanca como la luna, y un cielo negro lleno de estrellas. Demasiado grande, demasiado hermoso, para abarcarlo con una sola mirada; y sin embargo así debía hacerlo, porque nadie tiene dos miradas. Ese panorama parecía reposar en el negro puro de la noche, pero al mismo tiempo era pura luz. Estaba tachonado de pequeñas manchas negras, como agujeros de vacío, recortados en formas muy netas y caprichosas, en las que el azar parecía haberse empeñado en representar todas las cosas que una conciencia fluctuante quisiera reconocer, pero sin reconocerlas del todo, como si la plétora figurativa excediera el ser de las cosas. Esas manchas eran el revés, visto desde adentro, de los pedazos de alas de mariposa pegados al vidrio del parabrisas.

Cuando al fin Delia pudo apartar la vista del espectáculo grandioso, admiró el instrumental que adornaba el tablero. Había cientos de cuadrantes, relojitos, agujas, perillas, diales, botones... ¿Todo eso se necesitaría para manejar un camión? No había una palanca de cambios: había tres. Y una decena más erizaba el eje del volante. Este era tan desmesurado que no le extrañó haberse metido adentro sin querer; lo extraño habría sido errarle. Abajo, en la sombra, se vislumbraba una maraña de pedales. Se sintió muy pequeña, muy disminuida, y se acordó de sacar los pies del asiento.

Pero tuvo que volver a ponerlos en él, más aún: pararse sobre el asiento, para acceder a los aposentos del camionero. Sabía, por las descripciones de Omar, que la entrada estaba por encima del respaldo, y allí se asomó a mirar. Había un doble

biombo horizontal, que cortaba dos veces una luz dorada. Iba a llamar, pero unos ruidos sordos, y el eco muy apagado de una voz la atemorizaron de pronto. En realidad no sabía adonde se había metido, en qué boca de lobo. Pero ya no era cuestión de retroceder. Con esa lógica siempre fallida de los intrusos cortesés, prefirió no llamar sino meterse en puntas de pie, para preparar de algún modo la sorpresa; no fuera que le produjera un paro cardíaco al camionero desprevenido, o no le diera tiempo de ponerse los pantalones.

Se metió, las piernas primero. Al descolgarse cayó más de lo que esperaba. Se deslizó por uno de esos biombos, que se inclinaba por estar pegado a la pared trasera de la cabina con bisagras. Se vio en ese dormitorio rutero del que tanto había oído hablar. Había dos camas muy cerca una de la otra, las dos sin hacer. El desorden y la suciedad eran indescriptibles: revistas de historietas, ropa, aves disecadas, cuchillos, zapatos... Una velita encendida sobre la cómoda alumbraba el tugurio. Para una mujer sola y extraviada como ella, esa atmósfera era un presagio de cualquier cosa. Una parte de su conciencia lo supo, la otra estaba ocupada en tratar de ver lo que pasaría después. Esta última tomó la iniciativa; salió por una de las dos puertas, al azar, y atravesó un cuarto de trastos que no miró, rumbo a otra puerta, al otro lado de la cual había un saloncito con sillones de cuero. Se detuvo entre ellos mirándolos sin poder creerlo. Aquí no había luz, salvo la que venía de la puerta abierta, por donde se oían ruidos. El salón tenía cuatro puertas, una a cada lado. Todas estaban abiertas. Echó una mirada por la más oscura, que daba a un pasillo, y luego a la siguiente: una oficina, con un gran escritorio de tapa, donde se repetía el desorden y la suciedad del dormitorio. Se metió por ahí, salió por la puerta del otro lado y se encontró en un vestíbulo con sillas. Y tres puertas. Cruzó la primera a la izquierda: un dormitorio desocupado, con la cama tendida. En realidad no parecía una cama sino una especie de mesa baja y muelle... También allí había otra puerta. Notó retrospectivamente que las había en todos los ambientes, como si se hubieran preocupado por obtener un máximo de circulación. El resultado era que estaba perdida. Siguió adelante, y de algún modo llegó a la cocina, que era la fuente de la luz que se difundía por todo ese dédalo.

Allí, creyó que el momento de la verdad había llegado, aunque no había nadie. Pero la hornalla estaba prendida, y dos huevos crepitaban friéndose en la sartén. El cocinero debía de haber salido un momento, quizás en su busca si es que la había oído. Un Petromax grande hacía enceguedor ese reducto lleno de cacharros y comestibles. La pila de vajilla sucia era increíble, y había residuos tirados por todas partes, y hasta pegados en las paredes y el techo. Una sumaria mirada a la sartén le indicó que los huevos fritos estaban casi a punto. En la mesada, una botella de vino tinto por la mitad y un vaso. Se asustó y salió de prisa: irrumpió en la sala donde había estado antes, que ahora le pareció distinta por un olor nuevo que redobló sus temores. Siguiendo con los ojos una voluta de humo, vio que en el cenicero de la mesita ratona entre los sillones había un cigarrillo Brasil recién encendido. Pero

seguía sin haber nadie... Qué extraño.

La aversión de Delia por el humo del tabaco era extrema y bastante inexplicable. No concebía que se fumara en el interior de una casa. Había logrado que su marido, al casarse, abandonara el hábito, milagro menor pero llamativo de todos modos. Hasta cierto punto, se había olvidado de que eso existía. Se quedó mirando con incrédulo horror el humo que se elevaba, en la quietud sobrenatural del aire de ese interior.

El Chiquito entró por la puerta del pasillo y se inclinó a tomar el cigarrillo. Estaba en calzoncillos y camiseta, hirsuto, despeinado y con cara de pocos amigos. Fue a la cocina.

Volvió casi de inmediato con los huevos fritos en la sartén. Cruzó el salón y se metió por la misma puerta por donde había venido antes... Al extremo del pasillo había un comedor. Delia, asomándose del sillón tras el que se había escondido, lo vio sentarse a la mesa, vaciar la sartén sobre un plato y ponerse a comer. La sorpresa la había paralizado, al reconocerlo. En un instante, y sin ser para nada una intelectual, en una inspiración súbita resumió la circunstancia en una epigramática inversión a lo que se había venido diciendo hasta ahora: era ella, ella misma, y sin quererlo, la que le había jugado una mala pasada a su destino.

De pronto el Chiquito soltó un grito. Se había metido en la boca un huevo entero sin recordar sacarse de los labios el pucho, y la brasa le quemó la lengua. Escupió un chorro de materia viscosa blanca y amarilla que fue a dar sobre una mujer sentada frente a él. Era Silvia Balero, que había sufrido una pronunciada transformación desde la última prueba que había hecho con la costurera: estaba negra. Por su rostro, pecho y brazos negros corría la baba de huevo sin que se le moviera un músculo. Parecía una estatua de ébano. El Chiquito se precipitó gimiendo por el pasillo y volvió con una curita en la lengua. Tomó varios vasos de vino al hilo. La Balero seguía inmóvil, sin parpadear, y toda ella en ese negro amoratado. El camionero terminó su cena, peló una naranja tirando con descuido las cáscaras al piso, y al fin encendió otro cigarrillo. Durante todo este tiempo había estado hablando con su invitada, pero con palabras guturales, que no se entendían. La mujer negra se sacudía a intervalos y soltaba unas palabras sin sentido. Era increíble que una rubia natural de tez blanquísima como Silvia Balero hubiera tomado de la noche a la mañana ese tinte oscuro. El Chiquito, olvidado ya de su accidente, soltaba grandes carcajadas, parecía contento, sin la menor preocupación en el mundo...

Hasta que, cuando encendía su tercer o cuarto cigarrillo Brasil de sobremesa, Delia, detrás del sillón, no pudo evitar un resoplido o tosecita de irritación (el aire se estaba volviendo irrespirable). El Chiquito la oyó y giró su formidable corpachón haciendo crujir la silla, cuyas patas, por lo violento de la torsión, se enroscaron unas en otras. Qué curioso que a alguien tan fornido le hubieran puesto ese apodo: Chiquito. Seguramente se lo habían puesto en la infancia, y después le quedó. Pensar en una antífrasis o ironía estaba fuera de lugar, en su ambiente.

Delia retrocedió arrastrándose hasta la puerta más próxima, y no bien se creyó fuera de su vista corrió. Por suerte había salidas por todas partes... Pero esa misma exuberancia contribuía a circularizar el laberinto, y aumentaba el riesgo de precipitarse en manos de su perseguidor. Delia había abandonado toda idea de pedir refugio o ayuda para volver a casa. Por lo menos ahí. No había tenido tiempo para pensar, con la sorpresa y el espanto, pero no importaba. Estaba descubriendo que también se podía pensar sin tiempo.

El Chiquito se le venía encima, vociferando:

—Quién anda ahí, quién anda ahí...

«Por lo menos no me reconoció», se dijo Delia, que en la desesperación quería preservar su coexistencia en el barrio... si es que alguna vez volvía.

Buscaba el dormitorio por el que había entrado, para salir por los biombos suspendidos... Pero fue a dar a un lugar por completo diferente, una maraña metálica oscura e intrincada. Se enredó sin remedio en sus vericuetos. Como si no fuera poco con la inercia que llevaba, encima se obstinó en seguir adelante, metiendo una pierna, después otra, un brazo, la cabeza... Era el motor del camión, dormido por el momento... Pero ¿y si se ponía en marcha? Esos fierros en movimiento la triturarían en un segundo... Sintió algo pegajoso en las manos: era grasa negra, y ya se había ensuciado con ella de pies a cabeza. Fue el colmo de la angustia. Prácticamente no podía moverse, ni para atrás ni para adelante, enganchada a la maquinaria por todos lados... Y los pasos y gritos del Chiquito se acercaban, retumbaban en los émbolos mastodónticos... ¡Estaba perdida!

En ese momento una gran sacudida hizo trepidar todo. Por un momento Delia temió que lo más horrible hubiera sucedido: que el motor estuviera en marcha. Pero no era eso. La agitación se multiplicó, y era todo el camión el que estaba bailoteando sobre sus treinta ruedas. Un silbido fortísimo lo envolvía y atravesaba las chapas. Todos los olores le volvieron a la nariz y se desvanecieron. La tocó una corriente de aire frío.

«Se levantó viento», pensó automáticamente. ¡Y qué viento!

La reacción del Chiquito fue sorprendente. Se puso a gritar como un loco. Como si su peor enemigo se hubiera hecho presente en el peor momento.

—¡Otra vez vos, maldito! ¡Ventarrón hijo de mil putas! ¡Esta vez no te vas a escapar! ¡Te voy a mataaaaaar!

La respuesta del viento fue aumentar su potencia mil veces. El camión trepidaba, sus chapas tableteaban, todo el interior se entrechocaba... y, lo más importante, parecía hincharse con el aire introducido a presión... incluidas las piezas del motor... Delia se sintió libre y de inmediato una corriente la arrebató, la llevó rebotando y resbalando en la grasa hacia un vórtice en el radiador, en el enrejado donde los silbidos se refractaban como diez orquestas sinfónicas en un tutti ciclópeo... La rejilla cromada voló, y Delia saltó tras ella, y ya estaba afuera, corriendo como una gacela.

Se sorprendía ella misma de lo rápido que iba, como una flecha. Solía jactarse con razón de su agilidad y energía, pero dentro de la casa, barriendo, lavando, cocinando, todo lo más caminando de prisa por el barrio, con pasos cortitos, cuando iba a hacer los mandados, nunca corriendo. Ahora lo hacía sin esfuerzo alguno, y devoraba la distancia. El aire le silbaba en las orejas. «Qué velocidad», se decía, «¡lo que puede el miedo!»

Cuando se detuvo, el silbido se volvió un susurro, pero persistía. El viento seguía envolviéndola.

—Delia... Delia... —la llamó una voz desde muy cerca.

—¿Eh? ¿Quién...? ¿Qué...? ¿Quién me llama? —preguntó Delia, pero corrigió su tono algo perentorio por temor a ofender; se sentía tan sola, y su nombre había sonado con tan exquisita dulzura—. ¿Sí? Soy yo, soy Delia. ¿Quién me llama? —Lo decía casi sonriente, con expresión intrigada e interesada, y también un poco temerosa, porque parecía una magia. No había nadie cerca, ni lejos, y el camión ya no estaba a la vista.

—Soy yo, Delia.

—No, Delia soy yo.

—Quiero decir: Delia, oh Delia, soy yo quien te habla.

—¿Quién es yo? Perdóneme, señor, pero no veo a nadie.

La voz era de un hombre: grave, culta, modulada con una calma superior.

—Yo: el viento.

—Ah. ¿Es una voz que trae el viento? ¿Pero dónde está el hombre?

—No hay ningún hombre. Soy el viento.

—¿El viento habla?

—Me estás oyendo.

—Sí, sí, lo oigo. Pero no entiendo... No sabía que el viento podía hablar.

—Yo puedo.

—¿Qué viento es usted?

—Me llamo Ventarrón.

El nombre le sonaba conocido.

—Me suena... ¿No nos hemos cruzado antes?

—Muchas veces. A ver si te acordás.

—¿Usted se acuerda?

—Por supuesto.

Hizo memoria.

—¿No fue aquella vez...?

—Sí, sí.

—¿Y aquella otra cuando...?

—¡Sí! Qué buena fisonomista sos.

No lo decía en broma. Debía de ser un modo de hablar.

—¡Cuántas veces...! Ahora me acuerdo de otras, pero podría estar horas

mencionándolas.

—Yo te escucharía sin aburrirme. Sería música para mí.

—Millones de veces.

—No tantas, Delia, no tantas. Además, soy inconfundible.

Era muy amistoso, realmente. Pero la pobre Delia no estaba en condiciones de llevar su cortesía al punto de internarse en registros proustianos, así que pasó a un asunto más inmediato.

—¿Usted me salvó del camionero?

—Sí.

—Gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Me he estado ocupando de vos desde que viniste aquí, Delia. ¿Quién creías que te salvó de esos vientos juguetones que te hacían bailar en el cielo, y te depositó en tierra sana y salva? ¿Quién detuvo la puerta del camión cuando estaba a punto de cortarte la cabeza?

—¿Fue usted?

—Sí.

—Entonces gracias. No habría querido darle tantas molestias.

—Lo hice por gusto.

—Es que no sé cómo tuvieron que pasarme esos accidentes, cómo me metí en estos problemas... Lo único que sé es que salí en busca de mi hijo...

—Son cosas que pasan, Delia.

—Pero antes nunca me habían pasado.

—Es cierto.

—Y ahora... Estoy perdida, sola, sin nada...

—Lloriqueó un poco, abrumada.

—Estoy yo. Yo me ocuparé de que no te pase nada malo.

—¡Pero usted es viento! Perdóne, no sé lo que digo. ¡Es que yo quiero a mi hijo, a mi casa...!

—No tenés más que decírmelo, Delia. Yo puedo traerte lo que quieras. ¿Tu casa, dijiste?

—¡No! —exclamó Delia, que ya veía su casa volando por los aires y cayendo hecha un montón de escombros a sus pies en aquel páramo—. No... Déjeme pensarlo. ¿En serio puede traerme lo que yo le pida?

—Para eso soy el viento.

Habría querido pedirle lo contrario: que la llevara a ella a su casa... Pero, aparte del miedo que le daba volar, tuvo en cuenta que no era eso lo que le había ofrecido Ventarrón. Comenzó a sentir una suspicacia. La pregunta que venía a cuento en este punto era: «¿Por qué a mí?» Pero no se atrevió a hacerla. Lo que había oído hasta ahora se parecía a una declaración de amor, y ella no sabía qué intenciones podía tener ese ser misterioso. Prefirió seguir conversando por una vía menos comprometida.

—Debe de ser interesante ser un viento, ¿no?

—Yo no soy un viento cualquiera. Soy el más rápido y el más fuerte. Ya viste lo que le hice a ese camión.

—Fue muy impresionante. Ese hombre había empezado a darme miedo. ¿Sabe que es vecino mío allí en Pringles?

Un silencio.

—Claro que lo sé.

—Lo que no me explico es cómo podía estar la de Balero ahí adentro.

—Ya lo entenderás.

—Espero que a él no se le ocurra perseguirme.

—Te perseguirá, Delia, no hará otra cosa de ahora en adelante.

—¿En serio?

—Pero no te preocupes, que para eso estoy yo.

—Perdóneme, señor, pero no creo que un viento, por fuerte que sea, pueda detener a un camión.

El viento resopló con desdén.

—¡Nadie puede vencerme! ¡Nadie! ¡Mira cómo corro! —Fue hasta el horizonte y volvió—. ¡Mira esta frenada! —Se detuvo en seco, como un milímetro de mármol—. ¡Mira este salto! —Hizo una pirueta prodigiosa—. ¡Arriba! ¡Abajo!

La noche estaba transparente como un día azul oscuro. La luna miraba impasible. Delia creía ver, pero no estaba segura. Si no hubiera estado tan impresionada, esa exhibición le habría parecido un poco pueril.

Ventarrón volvió a su lado, y entonces sí estuvo segura de verlo, invisible, fuerte y hermoso, como un dios.

—¿Qué querés, entonces?

Ella seguía sin saber qué debía pedir.

—¿Podría ser... algo de comer?

—¡Cómo no!

Se fue y volvió en un minuto, trayendo una mesa, una silla, un mantel, platos, cubiertos, servilleta, salero, una milanesa con papas fritas, una copa de vino y una pera a la crema. Todo venía volando, suelto, las papas fritas como un enjambre de langostas doradas, la crema batida como una nubécula... Pero todo se acomodó en orden sobre la mesa, y la silla fue apartada con la mayor cortesía para que ella se sentara... Ni siquiera tuvo que desplegar la servilleta y ponérsela en el regazo, porque Ventarrón lo hizo por ella.

—Sólo faltan las velas, pero no podría encenderlas —le dijo él—. Va contra mi naturaleza. De todos modos la luna, que he estado lustrando para que brille más, será tu lámpara.

—Muchas gracias.

Se quedó silbando a cierta distancia hasta que ella hubo terminado. Después le apartó la silla, Delia se levantó, y él se llevó todo.

«Quién sabe a quién se lo habrá arrebatado», pensó la costurera. «¡Pensar que tuve que cenar lo que me trajo un viento ladrón!»

—Ahora querrás dormir.

Al punto, vinieron volando desde el horizonte una cama, un colchón, sábanas, un quillango, una almohada. Se tendió ante sus ojos en un instante, sin una sola arruga.

—Dulces sueños.

—Gracias...

La voz de él se había hecho acariciadora, y él mismo se había hecho acariciador, la envolvía, agitaba su cabello y su vestido, daba vueltas por sus piernas con soplos aterciopelados...

—Hasta mañana, Delia.

—Hasta mañana, Ventarrón.

Hubo una especie de torbellino de vacío, y el viento trepó al cielo estrellado. Delia se quedó un momento indecisa junto a la cama. El vino le había dado muchísimo sueño. Las sábanas blancas de hilo la invitaban a dormir. Miró a su alrededor. Era un poco incongruente, esa cama en medio de la meseta. Y ella tenía el vestido imposible de grasa. Vaciló un momento, y después se dijo, mintiéndose con la verdad: «Nadie me ve». Se desnudó, y su cuerpo brilló bajo la luna mientras se metía bajo las sábanas. La noche suspiró.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, creyó que estaba en su casa, como le suele pasar a los viajeros... Salvo que en ella no fue un estado pasajero y fugaz, un pequeño lapso de desconocimiento... sino que la extrañeza se instaló en su mente como un mundo, y ahí se quedó. En circunstancias normales, ella estaba en su cama, su cama en su dormitorio, su dormitorio en su casa, y su casa en Pringles. Hoy, parecía como si toda esa cadena de inclusiones se hubiera roto. El cielo era muy azul, y el sol un punto blanco ubicado en lo más lejano del cielo. Se volvió hacia la derecha, y a su lado no estaba Ramón, y más allá no estaba la camita de Omar con el niño dormido. A la izquierda no estaba la cómoda, con el espejo encima... por lo tanto en el espejo no se reflejaba la ventana sobre la cama de Omar... En una palabra, no estaba en su casa. No estaba en ningún lado. Un espacio inmenso la rodeaba por todos lados. Lo único que parecía estar en su lugar era la hora, y ni siquiera ese amanecer tardío tenía aspecto de hora: se lo diría más bien un lapso de eternidad. No parecía la hora de levantarse... Se desperezó.

Días de ocio en la Patagonia...

Cuando se ponía el vestido pudo ver, ahora a la luz, el desastre de grasa que era. Sus zapatos estaban imposibles de polvo, podría haber escrito en ellos con el dedo. El viento, tan servicial para otras cosas, no se había ocupado de su atuendo, probablemente porque ella no se lo había pedido. Se le ocurrió que debía de ser como esos criados muy trabajadores y eficientes, pero sin iniciativa propia, a los que había que decirles todo.

—Buen día, Delia.

—Ah, eh... Buen día.

—¿Dormiste bien?

—Perfecto. Yo quería...

—Un momento. Tengo que llevarme esto.

La cama con todo lo suyo salió volando a toda velocidad y se perdió tras el horizonte. «Qué apuro», pensó Delia. Al instante el viento estaba de vuelta.

—Delia, tengo que decirte algo que habría preferido callar, pero es mejor que lo sepas, por si acaso.

—¿De qué se trata? No me asuste... —Delia ya estaba pensando en desgracias, según su costumbre.

—Anoche —empezó Ventarrón— salí a dar una vuelta, después de que te dormiste, y por ahí vi una luz, y me acerqué a mirar. En ese sitio hay un hotel, en lo alto de una montañita, y en un primer momento creí que se había incendiado, tanto era el resplandor. Pero no había ningún fuego. Bajé y me asomé a las ventanas. Tampoco era una fiesta. Era una luz de tipo radiactivo, que latía, y latía tanto que sacudía todo el hotel... Una luz roja, horrible, y la temperatura había subido a varios miles de grados... Como no tenía ninguna intención de transformarme en un viento atómico, tomé distancia, y me quedé mirando. Aquello iba de mal en peor. Yo mismo empecé a asustarme. Y eso que soy lo más eficaz que hay en fuga. Pero sé que hay espantos a distancia con los que no vale la escapatoria. Y entonces, de pronto, el hotel entero cayó, fundido como un copo de nieve al sol... Y ahí estaba, libre, encendido y horrible, el Monstruo... el niño que no debió nacer...

Su voz, ya de por sí grave, había tomado una resonancia de ultratumba, muy pesimista. Sus últimas palabras le hicieron correr un escalofrío por la espalda a Delia.

—¿Qué niño...? ¿Qué monstruo...?

—Hay una leyenda que dice que un día va a nacer, en un hotel termal de la zona, un niño dotado de todo el poder de las transformaciones, un ser que será la cápsula de todos los vientos del mundo, el molde del viento, por lo tanto feo hasta el espanto... por lo menos para mí, y para vos, porque lo que en mí está afuera, en él está adentro, impulsando todas las deformaciones... Ya ves si me incumbía lo que estaba viendo.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Salí corriendo, y aquí estoy. Lo malo es que ahora el Monstruo está suelto, y te anda buscando.

—¿A mí?! ¿Por qué a mí?

—Porque así lo dice la leyenda —respondió el viento, críptico—. Y es obvio que la leyenda se ha hecho realidad.

—¿Pero de dónde pudo salir ese monstruo?

—La evolución no sigue ningún camino.

—Y el camionero también me está buscando, ¿no?

—Del camionero me ocupo yo, él no es problema.

—¿Y del Monstruo?

Un silencio.

—Eso ya es otra cosa —dijo Ventarrón.

Delia bajó la cabeza abrumada.

—Cambiano de tema —dijo el viento—. Anoche vi otra cosa que me resultó encantadora: un gran vestido de novia, plegándose y desplegándose a diez mil metros de altura, bogando hacia el sur...

—¿Un vestido de novia? ¿De plumetí de nylon, valencianas, raso de...?

—¡Sí, mujer! ¡Qué sé yo de trapos! ¿Por qué preguntas?

—Porque es mío. Lo perdí ayer, o anteayer...

—¿Cómo tuyo? ¿No sos casada? ¿No me dijiste que tenías un hijo?

—No. Quiero decir: yo lo estaba cosiendo, para una chica que justamente...

—¿No me digas que sos costurera?!

—Sí.

El viento casi se cae de espaldas. Tardó en reponerse.

—¿Sos la costurera entonces? ¿La esposa de Ramón Siffoni?

—Sí. Creí que lo sabía.

—Ahora empiezo a entender. Todo empieza a coincidir. La costurera... y el viento.

—Nosotros dos.

—Nosotros dos...

El viento estaba enamorado. Había estado enamorado desde toda la eternidad, al menos de su eternidad de viento. Y ahora que la historia empezaba a desplegarse frente a él, la encontraba de pronto demasiado real, chillona, paradójicamente impredecible...

—Señor... —interrumpió Delia su meditación.

—¿Sí?

—Usted me dijo que podía traerme lo que le pidiera.

—¿No me traería el vestido?

—¿Para qué lo querés?

Sí, bien pensado, ¿para qué? No parecía como si la Balero, que ahora estaba toda negra y en poder de ese camionero salvaje, fuera a necesitarlo. Pero nunca se sabía; en todo caso, podía cobrarle la hechura y entregárselo a la madre; ya estaba prácticamente terminado. Además, era razonable pedirlo, ya que era su trabajo.

—La tela la puso la clienta —dijo—, y me lo va a reclamar.

—De acuerdo, pero dame tiempo. Quién sabe dónde estará a estas horas.

—Una cosita más, si no es mucha molestia. Yo traía un costurero, y lo perdí, seguramente las cosas se dispersaron... ¿No me las podría juntar y traérmelo?

—No te preocupes. Soy muy bueno encontrando agujas perdidas en la Patagonia.

—Lo que no sé es qué puedo hacer mientras tanto.

—Yo nunca me aburro —dijo el viento.

—Yo tampoco, cuando estoy en mi casa. Pero aquí... —Volvió a lloriquear.

—Ya te dije que podía traerte tu casa, con todo lo que tiene adentro.

—No, no... ¡No la quiero!

No se le ocurría idea más deprimente que su casa puesta allí en medio del desierto; para ella la casa era también la calle, los vecinos, el barrio. Que le ofrecieran la casa sola era como si quisieran pagarle con una moneda inconcebible que tuviera un solo lado.

—Estaríamos muy cómodos, Delia, vos aquí en tu casa, limpiando, haciendo la comida, cosiendo. Yo te haría compañía, te traería todo lo que quisieras... viviríamos felices, a salvo...

Delia estaba aterrada. Las intenciones de Ventarrón se hacían claras, y la llenaban de pavor. ¿Era posible que un fenómeno meteorológico se hubiera enamorado de ella? Además, era contradictorio: ¿cómo iban a estar a salvo, con un camionero loco, y encima un monstruo, buscándola para destruirla? No era una perspectiva muy tranquilizadora. Y estaban su marido y su hijo. De eso no habría querido hablar con el viento, pero fue él quien sacó el tema:

—¿Te gustaría que tu marido viniera a buscarte?

—No podrá hacerlo, Delia. Lo intentó, pero su vicio se interpuso (ya sabes a qué me refiero), y perdió el camión.

—¿En serio?

—Y no podrá recuperarlo. Ese camión rojo, al que estabas tan acostumbrada, se hizo invisible y nadie volverá a conducirlo nunca. Ramón Siffoni se quedó a pie para siempre.

¡Nunca volveré a Pringles!, pensó Delia con desesperación. Odió al viento por su sadismo.

—Tengo que hacerte una pregunta, Delia. ¿Estás enamorada de tu marido? ¿Te casaste por amor?

—¿Y por qué iba a casarme si no?

—Para no quedarte solterona.

No se dignó responder. Quizás no habría podido hacerlo, porque tenía un nudo en la garganta.

—¿Lo querés?

—Sí.

—Pero nunca se lo has dicho.

—No es necesario, en el matrimonio.

—¡Qué poco romántica que sos! —Una pausa—. ¿Querés decírselo?

En un arrebato, Delia olvidó toda prudencia:

—¡Ojalá estuviera aquí para decírselo! ¡Ojalá!

—No es necesario que esté aquí. Yo podría llevar tus palabras al otro lado del mundo, si fuera preciso. —Otra pausa. El viento esperaba—. Decíselo. Atrévete y decíselo.

Delia alzó la cabeza y miró el horizonte allá al fin de la meseta. Todo parecía muy

pequeño, y sin embargo ella sabía que era muy grande. ¿Su voz podría ir más allá? Su voz estaba en el corazón de su marido... ¡Qué grande era el mundo! ¡Y qué lejos estaba ella! ¡Adónde había venido a parar! ¡Nunca volvería a Pringles! ¡Nunca!

—Ramón... —dijo, y el viento rugió y se fue.

Estoy sentado en un café de la Place Clichy... A esta altura sigo aquí contra mi voluntad. Debería haberme ido hace rato, tengo una cita... Pero no puedo llamar al mozo, simplemente no puedo, es más fuerte que yo, y pasan los minutos... Revisé varias veces el *ticket*, y mi bolsillo, conté las monedas de atrás para adelante y de adelante para atrás y no me alcanza por un pelo, dan seis francos con noventa y el café cuesta siete, parece hecho a propósito... Es por eso que necesito que venga el mozo, va a tener que darme cambio de cincuenta francos, no tengo más chico... Si me alcanzara con las monedas se las dejaría en la mesa, libre como un pájaro, pondría mis huevitos metálicos y saldría volando. Es tanta mi impaciencia que si tuviera un billete de diez se lo dejaría... Pero no tengo. Quedo reducido a esperar a que me mire para hacerle un gesto, llamarlo con la mano... y aquí es igual que en todo el mundo: los mozos nunca miran. Tengo la vista fija en él, cada giro que da yo esbozo mi gesto... ya deben de haberlo advertido todos los parroquianos, y los otros mozos, por supuesto, todos menos él. A ver ahora... Viene hacia aquí... No, otra vez fallé, debo de tener un aire suplicante, estoy clavado en mi silla... La muevo, hago raspar las patas contra el piso para que se le ocurra mirarme... Sé que ir a buscarlo sería inútil, además de grotesco, se escabulliría... ahí sí, me volvería el hombre invisible, el fantasma de la Place Clichy. No me queda más que esperar la próxima oportunidad, esperar a que vuelva hacia aquí, a que se ocupe la mesa de al lado y me vea... Y quiero irme, tengo que irme, eso es lo peor... Estuve dos horas escribiendo en esta mesa (él debe de pensar que si me quedé dos horas, bien puedo quedarme tres, o cinco, o hasta que cierren), y en el entusiasmo de la inspiración, que ahora maldigo, seguí y seguí hasta terminar el capítulo anterior... y cuando miré el reloj me quise morir... Ya debería estar en esa cena, me estarán esperando, y yo clavado aquí... Tengo veinte minutos de Metro por lo menos, y los minutos pasan y yo sigo buscando la mirada del mozo... No sé cómo puedo estar escribiendo esto, si no saco la mirada de su cabeza... Hago agujeros en el cuaderno cada vez que pongo puntos suspensivos. Esto empieza a parecer definitivo: no va a mirarme nunca, nunca. ¿Hace diez minutos que lo estoy intentando? ¿Quince? Ya no quiero mirar el reloj. Lo miro a él, como una manía... La ley de probabilidades debería estar a mi favor, en algún momento debería mirarme, ya que no puede evitar mirar algo... Y pensar que habría sido tan fácil hacerlo venir ni bien vi la hora: bastaba con llamarlo en voz alta. Tanta gente lo hace... Pero yo no puedo. Nunca en mi vida he llamado a un mozo si no es con oficio mudo (y he escrito todas mis novelas en cafés), nunca lo he hecho, nunca lo haré... nunca... Y entonces se levanta dentro de mí una ardiente recriminación a mi Creador, muda por supuesto, interior, pero yo la pronuncio y la oigo con la mayor claridad:

«Señor, ¿para qué me diste la voz, si no me sirve de nada? ¿No deberías haberme dado con ella la capacidad de usarla? ¿Qué te costaba? ¿No te parece un sarcasmo, casi un sadismo, hacerme dueño, como a todos los hombres, de ese instrumento maravilloso que atraviesa el aire como un mensajero del cuerpo inmóvil y es el cuerpo bajo otra forma, el cuerpo, volador... y enrollarlo en mí, en un hechizo de interioridad? Es como si llevara un cadáver adentro, o al menos un inválido, un huésped que no quiere irse... Supongo que de recién nacido yo también podía gritar llamando a mi mamá... pero ¿y después? Mi voz se ha atrofiado en mi garganta, y cuando hablo, cosa que hago sólo cuando me dirigen la palabra, como los fantasmas, lo que sale es un balbuceo gangoso y amanerado, apenas adecuado para transportar a muy corta distancia mis dudas e ignorancias. ¡Si al menos me hubieras hecho mudo, estaría más tranquilo! ¡Entonces podría gritar, y gritaría todo el tiempo, el cielo se llenaría con mis aullidos de mudo! Dirás que he abusado de la lectura de Leibniz, Señor, pero ¿no te parece que, dadas estas circunstancias, deberías mover la cabeza del mozo de modo que me vea?»

Delia, realidad mía... Ahora hablándote a vos, en mi silencio, ¿tu historia no se parece a la mía? Es la misma, coincide en cada uno de sus giros tornasolados... Lo que en mí es incidente minúsculo, en vos se hace destino, aventura... Y no es una analogía, sino una nueva disposición de lo mismo. No importa el volumen de la voz, sino el lugar de la historia en que se hable; la historia tiene rincones y repliegues, cercanías y distancias... Una palabra a tiempo lo puede todo... Y sobre todo (pero es lo mismo) importa lo que se diga, el sentido; en la disposición de la historia hay un puente de plata, un continuo, de la voz al sentido, del cuerpo al alma, y por ese continuo avanza la historia, por ese puente...

Había quedado en el desprendimiento de la voz, justamente... El viento se fue con las palabras de amor montadas en sus lomos, y atravesó grandísimas distancias en todas direcciones. Se sacudía, se torcía, para sacárselas de encima, pero no lograba más que darlas vuelta, apuntarlas para otro lado, meterlas en los intersticios de la Patagonia. El viento también tenía mucho que aprender. En su vida había una sola restricción a la libertad total: la Fuerza de Coriolis, que no es otra cosa que la fuerza de gravedad aplicada a su masa. Es lo que mantiene a todos los vientos pegados al planeta. La voz por su parte tiene la peculiaridad de que en su desprendimiento se lleva el peso del cuerpo del que ha salido; como ese peso es la realidad de lo erótico, a las palabras de amor los amantes creen poder abrazarlas, creen poder hacer con ellas un continuo de amor que dura por siempre.

El continuo, por otro nombre: la confesión. Si yo hiciera literatura confesional, me dedicaría a buscar lo indecible. Pero no sé si lo encontraría; no sé si existe en mi vida. Igual que el amor, lo indecible es lo que está en un lugar de una historia. Salvando las distancias, es como Dios. A Dios se lo puede poner en dos lugares diferentes del discurso: al final, como hace Leibniz cuando dice «y es a esto a lo que llamamos Dios», es decir cuando se llega a él después de la deducción del mundo; o

al principio: «Dios creó...» No son teologías distintas, son la misma pero expuestas al revés. La clase de discurso que pone a Dios al principio es el modelo y madre de lo que llamamos «la ficción». No debo olvidar que antes de mi viaje me propuse escribir una novela. «El viento dijo...» no es tan absurdo; no es más que un método como cualquier otro. Es un comienzo. Pero es siempre comienzo, comienzo en todo momento, del principio al fin.

Palabras de amor... Palabras viajeras, palabras que se posan para siempre en la balanza de un corazón de hombre. En la historia anterior de Delia y Ramón había un enigma pequeño y secreto (pero la vida está llena de enigmas, de los que no se resuelven nunca). Habían consumado el matrimonio un tiempo después de casados, aparentemente por voluntad o falta de voluntad de él, aunque nunca se explicó. Quiero decir, quedó un lapso blanco entre la boda y la consumación. Si alguien además de ellos dos lo hubiera sabido, no habría valido la pena que le preguntara el por qué a Delia, como no valía la pena que Delia se lo preguntara a sí misma, porque no habría sabido qué responder. A eso me refería, en buena medida, al hablar del olvido, el recuerdo, etcétera: a esas cosas que parecen un secreto que alguien guarda, pero que no guarda nadie.

Algo parecido sucedía con la maledicencia de vecinas, ese pasatiempo apasionado del que Delia era especialista. Si yo entrara en la conciencia de Delia como podría hacerlo un narrador omnisciente, descubriría con sorpresa y quizás cierto desencanto que la maledicencia no existe en el fuero íntimo. ¡Pero era ella misma la que se sorprendía! Y descubría su sorpresa cuando ella era su propia narradora omnisciente...

Ramón, mientras tanto... es decir, el día anterior: no olvidemos que Delia había perdido un día... andaba perdido por la meseta hiperllana, desorientado y de mal humor. No era para menos. Estaba a pie, en un desierto sin fin... Para un pringlense de aquel entonces, quedarse a pie era grave; el pueblito era un pañuelo, pero por algún motivo, quizás por ser tan pequeño justamente, andar a pie no daba resultados. Todo el mundo andaba motorizado, los pobres en unos vehículos antiquísimos, de los que andan por milagro, pero se las arreglaban para ir y venir en ellos todo el tiempo, y si no no iban ni venían. Mi abuela decía: «hasta a la letrina van en auto». En esos desplazamientos que se les antojaban agradablemente mecánicos creían vencer al tiempo y al espacio. Ramón iba más lejos que otros en ese sistema subjetivo, por jugador. En su caso tenía más importancia, era más emocionante; cada cambio de lugar tenía su importancia. No era el único en pasear sobre esas ilusiones, por supuesto; no era el único jugador compulsivo en Pringles, ni mucho menos; había toda una constelación de esa clase de gente, una jerarquía de iguales. Según la broma popular, eran los que seguían jugando aun cuando abandonaban la mesa de paño verde al amanecer; el sol salía para que ellos siguieran jugando sin saberlo; en realidad, sucedía que llevaban la disposición con ellos a todas partes donde fueran, en sus autos o camionetas, inclusive fuera del pueblo, a los campos que lo rodeaban. El

juego mismo era una disposición, un concierto de valores que se decían sus secretos a distancia, cada uno en su punto del cielo negro de la noche del jugador; de modo que no podían sino llevar la disposición consigo a todas partes. Entre ellos circular a toda velocidad, casi en una simultaneidad exaltante de números y figuras, era un modo de vivir.

El combate de Ramón Siffoni con el Chiquito había ido creciendo con el tiempo, como crecen las cosas en los pueblos. Había empezado en algún momento, y casi de inmediato había abarcado todo uno de esos universos particulares... Ramón había creído, no sin ingenuidad, que le sería posible mantener el combate en un estado estable, hasta que él se decidiera... ¿a qué? Imposible saberlo. Hasta que se decidiera a mirar de frente la ilusión, que es por definición lo que siempre da la espalda.

Y ahora, sin vehículo, caminando por donde no había caminos ni modo de encontrarlos, encontraba que el momento había llegado. Todos los momentos llegan, y éste también. El Chiquito se había apoderado de todo... ¿De qué? ¿De su esposa? Él nunca se jugaría a Delia a las cartas, no era un monstruo, y tenía otras cosas que jugar antes, muchas, casi infinitas... Pero hubo un momento, ese momento, cuando llegó... en que Ramón advirtió que la apuesta podía haberse hecho de todos modos, sin saberlo él; ya otras veces le había pasado. Se había pronosticado a sí mismo que esto sucedería... y ahora no sabía si había sucedido o no. Caminó toda la mañana, al azar, tratando de mantener líneas rectas para cruzar más terreno, y sobre todo para no volver al hotel del que había huido. Y aunque en el desierto no hay nada, encontró algunas cosas sorprendentes. Lo primero fueron los restos de un Chrysler negro, chocado y tirado por ahí. Lo estuvo rondando un poco. No había cadáveres adentro, y no parecía que hubiera muerto nadie en el accidente: al menos no se veía sangre, y todo el espacio del asiento delantero había quedado más o menos intacto, acanastado. Era un taxi: tenía el reloj con la banderita. Y la patente era de Pringles. De hecho, se parecía sobrenaturalmente al Chrysler de su amigo Zaralegui, el taxista. Ramón entendía bastante de mecánica, era una de sus tantas habilidades de ocioso; pero estaba fuera de cuestión volver a hacer funcionar esta ruina, porque la carrocería se había retorcido de tal modo que ya no tenía ni atrás ni adelante. Calculó que el choque había sucedido a una formidable velocidad, de otro modo no se explicaba ese aplastamiento. Que un auto tan viejo pudiera alcanzar esa velocidad era mérito del motor, uno de esos motores antiguos, sólidos, perfectos, tanto que había quedado casi intacto; si alguien quería recuperar esta chatarra, lo utilizable sería el motor, justamente.

Tomó mentalmente las coordenadas; no sabía por qué (ni siquiera podía refugiarse ahí en caso de lluvia, porque la capota había quedado abajo de las ruedas reventadas), pero al menos era una cosa, un descubrimiento, algo a lo que podía volver. Siguió adelante.

El segundo encuentro fue con algo semienterrado. Parecía un armario bombé, pero una vez que lo examinó de cerca vio que era la carcasa magnífica de un tatú

gigante de la era paleozoica. Lo que asomaba era apenas un fragmento, pero descubrió que la tierra que lo aprisionaba era fragilísima, estaba como cristalizada y se rompía y dispersaba de un soplo. Con una costilla suelta cavó, por pura curiosidad, hasta dejar al descubierto la caparazón entera; medía ocho metros de largo, cinco de ancho, y tres de alto en el centro. En vida eso habría sido un armadillo del tamaño, más o menos, de un ballenato. La caparazón estaba perfecta, sin un agujero, y se la diría de un nácar marrón, trabajada hasta el último milímetro con orlas islámicas, nudos, rebordes... Golpeada, hacía un ruidito seco, a madera. No sólo estaba intacta la parte convexa superior, sino también la inferior, plana, de una membrana gruesa y blanca. Cuando fue a acomodar a un costado de la excavación esa enorme estructura, Ramón se sorprendió al ver lo liviana que era. Se metió adentro. Esto sí, podía servir como refugio; y amplio, despejado. Podía ponerse de pie adentro, y caminar... si tuviera sillones y una mesa ratona sería una acogedora salita. Lo limpió, sacó por las aberturas (había seis: una adelante y una atrás, para la cabeza y la cola, y cuatro abajo, para las patas) los restos de huesos, y se quedó adentro admirando ese prodigio de la antigüedad. El nácar de la caparazón no era del todo opaco, dejaba pasar una luz muy cálida, muy dorada. Recordó que ese tipo de animales tenían una cola también acorazada, y le sorprendió que en la abertura posterior no hubiera nada colgando. Quizás se había desprendido... Salió y buscó alrededor. Tuvo que cavar un poco más, pero la encontró: era una especie de cuerno, del mismo material, un cono alargado, de unos seis o siete metros, curvado y terminado en una punta muy afinada. Estaba vacío también, y como era tan liviano pudo erguirlo, la punta para arriba; y vaciarlo de tierra y piedritas.

Había estado trabajando horas, y se había cubierto de sudor. Volvió a meterse adentro y se tendió en la membrana, como en una alfombra blanca de la prehistoria, a descansar y pensar. Se le había ocurrido una idea que parecía una locura, pero quizás no lo fuera. Si tomaba a este fósil como una carrocería... y le ponía el motor del Chrysler, y las llantas de sus ruedas... Se adormeció en una ensoñación mecánica. ¿Pero cómo traer hasta aquí el motor y las demás partes que necesitaba del auto? No era necesario traerlo, podía ir hasta allá con la caparazón... Salió a probar. Efectivamente, podía moverla, pero muy despacio, con mucha dificultad, y le llevaría días hacer los dos o tres kilómetros que lo separaban del auto. Era un poco como el juego: a veces uno tiene todo lo necesario para una mano ganadora, pero no lo tiene junto... Se le ocurrió otra idea (lo que no es tan admirable: en general cuando a uno se le ocurre una idea, después se le ocurre otra, y tanto es así que a veces he llegado a pensar si no se me ocurrirá una idea con el solo fin de provocar la ocurrencia de otra). Salió caminando en dirección del Chrysler. Faltaba que lo volviera a encontrar, por supuesto, pero confiaba en poder hacerlo, y así fue. Lo que había pensado había sido sacar las llantas de las ruedas, y los palieres, y fabricar una especie de carretilla en la que transportar el motor hasta la caparazón. Pero no resultó tan fácil. La falta de herramientas contribuía, aunque en la colapsada guantera del taxi encontró un

destornillador providencial. Al fin tuvo las cuatro llantas desprendidas (el círculo no se había deformado en ninguna de las cuatro); hacer esa especie de carretilla que había pensado era un delirio. Más práctico sería proceder al revés. Hizo cuatro viajes hasta la excavación, llevando cada una de las ruedas, un viaje más para llevar los palieres, y con ayuda del servicial destornillador logró colocarlas, de modo precario, abajo del tatú. Lo empujó, y el avance se hizo perfectamente fácil. Metió adentro la cola, por si le era útil; pensó que podía tener que insertarla de vuelta en su lugar para que actuara como timón, que es la función que tiene en el animal vivo.

No le llevó mucho tiempo salirse con la suya. Primero desarmó toda la chatarra, tornillo por tornillo. Hizo un bricolage brillante; colocó el motor adelante, sujeto con grampas, el tanque de nafta, el ventilador, etcétera. Las poleas, los palieres, las ruedas, en las cuatro aberturas de las patas... Listo. Es más fácil contarlo que hacerlo, pero en su caso fue facilísimo. El paso siguiente era ponerlo en marcha y probarlo. Lo hizo. El aparato andaba, lento al principio, después más rápido.

Cayó la noche y seguía viajando, viajando, con el cuerno por delante... Porque había puesto el cono-cola del tatú como trompa a su vehículo, lo había atornillado, por así decir, a la abertura delantera. Quedaba bien, le pareció; lo había hecho por estética nada más, no por aerodinámica. Lo que más le gustaba era que cambiaba totalmente el aspecto de los restos: con esa especie de cuerno al frente ya no parecía un tatú. Le hizo pensar qué fácil era cambiar el aspecto de algo, lo que parece más inherente a su ser, lo más eterno... se transformaba por completo mediante un trámite tan sencillo como cambiar de lugar la cola. ¡Cuántas cosas que parecen distintas, pensó, serán en realidad las mismas, con algún pequeño detalle trocado!

Lo que era impresionante era el ruido que hacía. El ronquido del motor resonaba en el gran óvalo hueco y se volvía un trueno.

Como no había dormido la noche anterior, se caía de sueño. Así que estacionó en cualquier parte (cualquiera daba lo mismo) y se acostó en la membrana, atrás del asiento. Le sobraba lugar. Se durmió de inmediato. Cerca del amanecer, lo despertó una brusca sacudida. El círculo de la luna, que se estaba poniendo, había calzado justo en la abertura de la cola, que era la única entrada o salida del vehículo. Apenas atinaba a pensar si habría estado soñando, cuando una segunda sacudida, ésta más prolongada, volvió a mecerlo. Y siguió haciéndolo mientras él se levantaba, entumecido y lleno de sueño todavía. Tanto se bamboleaba la caparazón que Ramón se cayó tres veces antes de poder asirse del respaldo del asiento. Cuando se sentó, miró por la media luna que había dejado libre en la parte superior del hueco delantero, sobre el volante, que hacía de parabrisas sin vidrio. La meseta estaba penumbrosa y tranquila, los pastos no se movían. Pero el armatoste seguía vibrando, ahora un poco menos, y no bien pudo orientar su atención notó que los golpes y rasguños venían de arriba, de la cúpula de la maravillosa caparazón nacarada. Era evidente que algún animal se había trepado; no necesitaba ser muy grande para provocar esas sacudidas, por lo liviana que era la estructura, pero de todos modos

podía ser peligroso. Se decidió a averiguar usando el espejito retrovisor del Chrysler, que había tenido la precaución de traer. Lo empuñó y sacó la mano por la medialuna, apuntándolo hacia atrás. Lo que vio le heló la sangre de espanto.

Era el Monstruo. Ramón nunca había visto nada tan feo, pero nadie había visto nada tan feo. Era un niño monstruo. Trepado a la capota... como el Omar estaba trepado siempre al camión del Chiquito... A los niños les gustaba eso.

Lo escalofriante era la forma que tenía el Monstruo... Más que una forma, se trataba de una acumulación de formas, fluidas y fijas a la vez, fluidas en el espacio y fijas en el tiempo, y viceversa... Eso no tenía explicación. El Monstruo había visto (porque tenía ojos, o un ojo, o era un ojo) el espejito asomando de la ranura y brillante por la luna a la que apuntaba, y se extendió hacia él...

Ramón metió adentro la mano, que había empezado a temblar, puso el contacto, apretó el acelerador... El vehículo se precipitó hacia adelante, con el Monstruo dando tumbos arriba.

Omar... el juego... el niño monstruo... el niño perdido... Todo daba tumbos en su mente igual que esa criatura en la capota de su paleomóvil... A Omar lo veía duplicado en su amigo inseparable César Aira... Confiaba en que los Aira hubieran alojado a Omar y le hubieran dado de comer esa noche y la anterior; en el fondo eso no tenía importancia... Pero qué paradójico, dentro de todo, que el niño perdido estuviera en su casa, y los padres dando vueltas en el desierto a cientos de leguas de distancia... Eso no lo hacía menos «niño perdido», como en el cuento de los osos: entraba a una casa vacía, se preguntaba quién viviría allí, con la sensación de inminencia... en cualquier momento podían irrumpir los dueños... Daba lo mismo que fuera su casa, que hubiera vivido ahí toda la vida... Era un detalle sin peso decisivo en el sentido de la historia...

Éramos unos chicos sanos, normales, bastante lindos, buenos alumnos... Adorábamos a nuestras mamás y venerábamos a nuestros papás, y les teníamos algo de miedo también; eran tan estrictos, tan perfeccionistas... Creo que éramos la quintaesencia de la normalidad pequeño-burguesa. Y sin embargo, sin saberlo, todo se apoyaba en el miedo, como la roca flota sobre la cresta de la lava al final de *Viaje al centro de la Tierra*; el miedo, podría decirse, la lava, era la biología, el plasma. Simplificando en el sentido de lo sucesivo, primero estaba el miedo de las embarazadas (es decir que empezaba antes de que empezáramos nosotros mismos), a parir un monstruo. La realidad, indiferente y aristocrática, seguía su curso. Entonces el miedo se transformaba... Todo es cuestión de transformación de miedos: eso vuelve a la sociedad lábil, cambiante, los mundos cambian, los distintos mundos sucesivos que sumados son la vida. Uno de los avatares del miedo es: que el niño se pierda, desaparezca... A veces el miedo se transfiere de la madre al padre; a veces no; el niño registra estas oscilaciones y se transforma en consecuencia. Que sean los padres los que desaparezcan, que el viento se enamore de la mamá, que un monstruo los persiga, que un camionero no se pierda nunca porque viaja con su casa a cuestas

como Raymond Roussel, etc. etc. etc., todo eso, y mucho más que queda por ver, es parte de la literatura.

Ahora me acuerdo de una golosina que adorábamos los chicos de Pringles en aquel entonces, una especie de antecedente de lo que después fue el chicle. Era muy regional, no sé quién lo habrá inventado ni en qué época desapareció, sólo sé que hoy no existe. Era una bolita envuelta en papel manteca, acompañada de un palito suelto, todo muy casero. Había que masticarla hasta que se pusiera esponjosa, y crecía mucho en volumen; sabíamos que estaba lista cuando ya no nos entraba en la boca. La sacábamos, y se había transformado en una masa livianísima que tenía la propiedad de cambiar de forma modelada por el viento, al que la exponíamos clavándola a la punta del palito. Debía de ser por eso que era una golosina regional: los vientos de Pringles son cuchilladas. Era como tener una nube portátil, y verla cambiar y sugerir toda clase de cosas... Era sano y entretenido... El viento, que a nosotros nos dejaba iguales (se limitaba a despeinarnos) a la masa la transfiguraba sin cesar... y no valía la pena enamorarse de una forma porque ya era otra, y otra... hasta que de pronto se había solidificado, o cristalizado, en una cualquiera de las formas que nos habían estado encantando durante largos minutos, y la comíamos como un chupetín.

Dije antes, creo, que cuando nevaba por la noche el Chiquito me dejaba de regalo, para cuando yo saliera a la escuela, al amanecer, un muñeco de nieve en la puerta de mi casa. Para mí, como para Omar, que no conocíamos su vida secreta, el Chiquito era un héroe, con su camión grande como una cordillera y sus viajes por toda la maravillosa Argentina... Los vecinos elogiaban su corazón, su gesto un poco infantil, haciendo más honor a su nombre que a su físico hercúleo, de modelar un muñeco con la nieve a esas horas imposibles a las que partía, sólo para darme una fugaz sorpresa, un placer. A veces en esas ocasiones, cuando yo salía, ya había soplado el viento, y mi muñeco me recibía con ocho brazos, o jorobado, o más a menudo con una torsión picassiana, la nariz en la nuca, el ombligo en la espalda, los dos hombros del mismo lado... A mi regreso al mediodía ya no quedaba nada: se había derretido.

Pero hubo un muñeco, dos o tres inviernos antes del verano en que sucede la acción de esta novela, que no se derritió. Cuando salí, pegué un respingo. Nadie me había dicho que había nevado. Era casi de noche todavía, pero se veía bien; delante de mí tenía un muñeco, de un metro y medio de alto, que originalmente, una hora o dos antes, cuando el Chiquito se había detenido a hacerlo antes de marcharse, habría sido uno de esos simpáticos enanos rechonchos que son siempre los muñecos de nieve. Pero en el intervalo la nevada había terminado, había empezado a soplar el viento, y el muñeco se modificó por los cuatro costados. Eso no me asustaba, por el contrario, me divertía tanto que solté una carcajada... Tampoco me preocupaba que dentro de unas horas el muñeco se hubiera derretido... Pero a él sí lo preocupaba.

—Cuando salga el sol —me dijo—, y no falta mucho, me haré agua y me tragaré la tierra.

—Cuando uno mete la pata, suele decir «trágame tierra» —le dije. Yo era muy pedante y sabihondo ya de chico.

—¡Pero yo no lo digo! No quiero morir.

Me quedé callado. En eso no podía ayudarlo. Entonces, para mi sorpresa, habló el viento:

—Eso puede arreglarse.

El Muñeco: —¿Cómo?

—Tendrás que aceptar los términos que te imponga.

—¿Y no voy a morirme?

—Nunca.

—¡Entonces acepto, sea lo que sea!

Ahí intervine yo, que no aceptaba quedar al margen en ninguna conversación:

—Tenga cuidado, mire que esto se parece a una de esas compras de alma que suele hacer el diablo, por ejemplo en... —Me proponía contarles con lujo de detalles el argumento de *El Hombre que Vendió su Sombra*, que ya había leído (¡a los ocho años! ¡qué insoportable debo de haber sido!). Pero el muñeco me interrumpió:

—¡Si yo no tengo alma, mocoso! —Y al viento—: ¿Cuáles son las condiciones?

—Una sola: que me dejes llevarte a la Patagonia, donde el sol no derrite la nieve, y te dejes moldear siempre, a cada instante, por nosotros los vientos. Vivirás para siempre, pero nunca tendrás dos veces la misma forma.

—¡Qué ganga! Si ya me cambiaste de forma...

—Pero mira que allá soplamos mil veces más fuerte que aquí.

—No exageres. Y de todos modos, qué más da. Trato hecho, vamos.

No tuve nada que decir (igual no me habrían llevado el apunte) porque el negocio me parecía bastante razonable... ¿Pero no parecía siempre razonable en esos casos? ¿No era la trampa suprema del diablo? Salvo que en este caso tratándose de un muñeco de nieve, sí parecía razonable en serio, sin trampa escondida. Y sin embargo...

Vi cómo el viento alzaba al muñeco con un ¡Upa! atorbellinado, y se lo llevaba por el aire gris del amanecer.

Nunca supe qué hice esa tarde perdida...

En lo perdido se reúne todo. Es una devoración. Uno puede perder el paraguas, un papel, un diamante, una pelusa... Todo se metaboliza. Perder es dejarse olvidadas las cosas en los cafés. El olvido es como una gran alquimia sin secretos, límpida, transforma todo en presente. Hace de nuestra vida, al fin, esta cosa visible y tangible que tenemos en las manos, ya sin repliegues ocultos en el pasado. Yo lo busco, al olvido, en una locura de arte. Lo persigo como el pago merecido de mi hastío y nostalgias... ¿Para qué trabajar? Preferiría haber terminado ya. Un esfuerzo más... Me gustaría que todos los elementos dispersos de la fábula se reunieran al fin en un instante soberano. Salvo que quizás no haya que trabajar para lograrlo, y en ese caso mis esfuerzos serían vanos. O al menos... debería haberlo pensado mejor... En lugar

de ponerme a escribir... sobre la Costurera y el Viento... con esa idea de aventura, de lo sucesivo... no digo renunciar a lo sucesivo que hace la aventura... pero imaginarme de antemano todo lo que pasa en lo sucesivo, hasta tener la novela entera en mi cabeza, y sólo entonces... o ni siquiera entonces... Todo el proyecto como un punto, el Aleph, la mónada totalmente desplegada pero como punto, como instante... Mi vida puesta en el presente, con todo lo que pasó en ella, que no fue tanto, no fue casi nada. Perder el tiempo en los cafés. Nunca supe qué hice aquella tarde perdida...

En fin. Ya que estoy, terminemos.

Había dejado a Delia en el crepúsculo, perdida y esperando. Volvió el viento, con una cosita perfectamente gris.

—No encontré el vestido ni el costurero. Lo siento. De todos modos, no sé para qué los querías.

—¿Y esto?

—Es lo único que encontré. ¿Es tuyo?

—Sí... Era mío...

Era un dedal de plata, un *souvenir* precioso, en cuyo pequeño hueco Delia pensaba que cabía toda su vida, desde que había nacido. Y ahora que le parecía que su vida terminaba, o que se precipitaba en un abismo insensato, veía que había valido la pena vivirla, allá en Pringles.

—No es un dedal corriente —dijo el viento—. Lo he transmutado en el Dedal Patagónico. De él podrás sacar todo lo que quieras, todo lo que te dicte tu deseo, no importa el tamaño que tenga. Sólo tendrás que frotarlo hasta que brille cada vez que pidas algo, y de eso me encargo yo, que soy muy bueno frotando.

Delia se disponía a responderle, porque al fin había encontrado una buena contestación, pero oyó un ruido lejano y levantó la vista.

Venía gente, por los cuatro lados. Miniaturas. Lo lejano se ha hecho pequeño. La función de los lugares realmente grandes, y la Patagonia es el más grande de todos, es permitir que las cosas se hagan de veras pequeñas. Eran juguetes. Cuatro, y venían de los cuatro puntos cardinales, en una cruz perfecta cuyo centro era ella. El camión del Chiquito, el Paleomóvil, el Monstruo y el Muñeco de Nieve del bracete con el Vestido de Novia vacío. Estos últimos venían a pasitos medidos como novios encaminándose al altar. Pero la velocidad era la misma para los cuatro, y resultaba obvio que harían colisión en el punto donde estaba Delia. Probó de dar un paso al costado, y los cuatro ángulos rectos se trasladaron con ella. El encuentro sería simultáneo. (A mí jamás se me habría ocurrido una imagen tan apropiada del instante como catástrofe.) No había nada que hacer. Cerró los ojos.

Pero hasta lo simultáneo tiene una jerarquía interior; es una ley del pensamiento. En este caso, lo principal, lo irremediable, era que el Monstruo la había encontrado. Ante ese hecho no valía la pena cerrar los ojos, así que lo miró.

Era realmente horrible. Como un cuadro abstracto, de Kandinsky. Y gritaba:

—¡Voy a matarte! ¡Carroña! ¡Arrastrada!

—¡No! ¡No!

—¡Sí! ¡Voy a matarte!

—¡Aaaaah!

—¡Aaaaaaah!

Delia cayó de rodillas. Desde allí, levantó la vista, por segunda vez. El Monstruo venía hacia ella. Si ya antes en el transcurso de esta aventura se habían dado motivos de espanto, éste los superó y trascendió a todos. Habría salido corriendo... Pero no había adonde ir. Estaba en la Patagonia, en lo ilimitado, y no tenía adonde ir: no fue la menor de las paradojas del momento.

—¡No me mate! —gritó.

—¡Callate, puta!

—¡No soy eso que usted dice! ¡Soy costurera!

—¡Callate! ¡No me hagas reír! ¡Grrragh!

Había crecido mucho. Los separaban unos pocos metros... Entonces, se interpuso el viento, como última defensa. Sopló furiosamente, pero el Monstruo se rió más fuerte. ¡Qué poco podía hacer el viento contra una transformación! El viento es viento, y nada más. ¿Cómo podía haberse enamorado de Delia? ¿Cómo podía habérselo creído ella? No se puede ser tan inocente. El caballero don Ventarrón, el paladín... Soplaba a lo loco tratando de frenar al Monstruo, pero no era más que aire...

El instante también tiene su eternidad. Dejemos en ella a Delia, mientras me ocupo de los otros invitados.

El Chiquito y Ramón frenaron sus vehículos a cierta distancia y se estudiaron un momento. El primero llevaba al lado a una Silvia Balero descompuesta y aturdida como un zombi. Del otro, se veían apenas los ojos por la medialuna estrecha encima de la trompa de su tatú rodante. Al fin el camionero abrió la portezuela, sacó una pierna... Los ojos de Ramón desaparecieron de la ranura y poco después salía por atrás. Se acercaron sin sacarse la vista de encima.

—Buenas tardes —dijo el Chiquito—. Tengo que pedirle un favor, si va para Pringles: que lleve a esta señorita. Tuvo un accidente, y desde aquí es difícil conseguir transporte.

—¿Y usted?

—Sigo para el sur. Voy a buscar una carga, me están esperando desde esta mañana en Esquel. Ya estoy retrasado.

—Pero después vuelve, y seguramente tendrá lugar para ella.

—Es que la señorita tiene la mayor urgencia por estar en Pringles. Mañana a las diez se casa.

—¿Se casa?

—Así me dijo. Se imaginará su estado. Está histérica. No la aguanto más.

—Todos tenemos problemas.

—De acuerdo. Yo también.

—Pero cargar con los problemas ajenos...

—Escuche, Siffoni, yo me la encontré por ahí, no hice más que abrirle la puerta, no podía dejarla en medio del campo.

—¡No mienta! —rugió Ramón, y sacó del bolsillo de la camisa el antifaz, para que el otro lo viera—. Se la ganó al *poker*. Me la ganó a mí.

El Chiquito suspiró. En realidad ya lo sabía, pero había querido tirarse un lance de todos modos. Se quedaron en silencio un momento. Ramón, más tranquilo, propuso:

—Puede dejarla al borde del camino nomás. Alguien va a pasar.

—Sí, poder puedo. Pero es capaz de hacerme un juicio. Está el asunto de su casamiento. ¿No podría hacerme la gauchada?

—Usted me conoce bien, Larralde. No le hago favores a nadie.

Estas palabras eran una contraseña; con ellas se habían puesto de acuerdo, sin necesidad de entrar en detalles. Decidirían los naipes. Y no lo de Silvia Balero, que era una excusa, sino lo otro.

El viento, comedido, trajo de más allá del horizonte todo lo necesario: una mesa, dos sillas, un tapete verde, cincuenta y dos naipes y cien fichas rojas de nácar. Se sentaron. La mesa era demasiado grande, de una punta a la otra se veían pequeñitos, con los ojos entrecerrados, como dos chinos. El viento mezcló y repartió.

París, 5 de julio de 1991



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.